

**MASTER UNIVERSITARIO DE CIENCIAS PARA LA FAMILIA  
UNIVERSIDAD DE MÁLAGA- ESPAÑA**

**MATRIMONIO: ANTROPOLOGÍA, DERECHO, TERAPIA  
CONYUGAL**

**MÓDULO: ANTROPOLOGÍA DE MATRIMONIO**

**TRABAJO FINAL**

**LA POLIGAMIA, EL ADULTERIO Y EL DIVORCIO COMO  
ATENTADO DIRECTO CONTRA LAS PROPIEDADES ESENCIALES  
DEL MATRIMONIO**

**AUTOR: MARCOS ANTONIO BALLENA RENTERÍA**

## INTRODUCCIÓN GENERAL

En la actualidad somos testigos del ataque abierto que está sufriendo el matrimonio. En el transcurso del tiempo ha ido perdiendo su conceptualización original a consecuencia del bombardeo de ataques contra sus propiedades esenciales. Por eso, decimos, que el gran problema de hoy consiste en haber reducido el concepto de matrimonio, hasta convertirlo en "un dato puramente físico, biológico y sociológico, que es posible manipular mediante la técnica según los propios intereses" (Juan Pablo II).

Si el matrimonio se convierte en una simple costumbre biológica, social, entonces se comprende cómo hoy día se trata de presentar a las uniones de hecho, incluidas las homosexuales, como equiparables al matrimonio. Consecuencia de esto, se puede comprender la poligamia, el adulterio y el divorcio entre otros.

Esta concepción meramente empírica de la naturaleza impide radicalmente comprender la complementariedad del ser varón con el ser mujer, que se realiza estrictamente en el matrimonio, no sólo en cuerpo, sino, también en espíritu.

El matrimonio es una realidad que está por encima de esta tendencia. Por eso, "el matrimonio no es una unión cualquiera entre personas humanas, susceptible de ser configurada según una pluralidad de modelos culturales". El matrimonio es una realidad que subsiste con el ser varón y el ser mujer, lo mismo decimos de sus propiedades.

La unidad y de indisolubilidad son propiedades esenciales del matrimonio. Esto, quiere decir, que si son afectados, repercute en el ser mismo del matrimonio. Atentar contra el matrimonio en sus propiedades esenciales es tratar de eliminarlo. No sólo al matrimonio, sino, también a la familia y a la sociedad.

Todo sabemos el gran valor que tiene la familia, por eso, buscamos protegerla. Y esto, nos proponemos en el presente trabajo, a través, de la protección de la unidad y de la indisolubilidad del matrimonio.

Los atentados mayores que sufre el matrimonio vienen por la poligamia, el adulterio y el divorcio. A estos tres llamamos atentados directo contra el proyecto inscrito en el ser de cada hombre y mujer en su conyugalidad. Existe otro tipo de atentados, que llamamos atentados menores o indirectos, que no será estudiado en esta investigación.

Ante los atentados que sufre el matrimonio, voy a realizar el presente trabajo titulado: la poligamia, el adulterio y el divorcio como atentado directo contra las propiedades esenciales del matrimonio; el trabajo pertenece al módulo: Antropología del

matrimonio; de la asignatura: Matrimonio: antropología, derecho, terapia conyugal; del Máster de familia de la Universidad de Málaga.

Los objetivos que se persiguen son:

- Valorar las propiedades esenciales del matrimonio.
- Describir los atentados directos que sufre el matrimonio, cuando se le ataca sus propiedades esenciales.
- Defender a la familia y al matrimonio como instituciones naturales y no culturales.
- Valorar la dignidad del hombre y la mujer cuando vive en conyugalidad

He creído conveniente desarrollar el trabajo en dos partes:

La primera de ellas, buscará fundamentar las propiedades esenciales del matrimonio, que son la unidad y la indisolubilidad desde el punto de vista antropológico. Se tratará el matrimonio natural; la unidad y la indisolubilidad como propiedad y exigencia antropológicas de todo matrimonio.

La segunda parte buscará demostrar como la poligamia, el adulterio y el divorcio atentan directamente contra la unidad y la indisolubilidad del matrimonio. De esta forma se defenderá dichas propiedades.

La bibliografía sobre el tema es abundante. Hemos consultado los que han estado al alcance. Pienso que la bibliografía tratada me ha sido útil y ha de serlo para ulteriores estudios o para profundización de aspectos relacionados con el tema. Los libros consultados se basan en los módulos requeridos por el Máster de familia que estamos estudiando; también tenemos mucha bibliografía complementaria.

Espero que el presente trabajo sea útil, no sólo como parte final del Máster de familia, sino, también, para profundizar sobre las exigencias antropológicas de todo matrimonio verdadero y las propiedades naturales e irrenunciable de unidad e indisolubilidad.

## **PRIMERA PARTE**

### **Fundamentación Antropológica sobre la unidad y la indisolubilidad del matrimonio**

El matrimonio hunde sus raíces en la humanidad del hombre y de la mujer. Es una realidad profundamente humana y, como tal, puede considerarse a partir tan sólo desde la luz de la razón. En lo que respecta a nosotros, sería desde la antropología. Dejo en claro que si nos fundamentáramos en la revelación penetraríamos en la verdad más profunda del matrimonio, lo cual no lo haremos. El cometido de esta parte es explicar las propiedades del matrimonio, unidad e indisolubilidad, desde la antropología. Porque el tema no es una cuestión de creencias, sino de naturaleza íntima del hombre.

El consentimiento matrimonial como donación recíproca interpersonal, el amor conyugal a que da lugar, la dignidad personal de los esposos, el bien de los hijos piden que el matrimonio, además de ser exclusivo –entre un hombre y una mujer-, sea indisoluble, es decir, para siempre. La unidad y la indisolubilidad son propiedades naturales de todo matrimonio que se realice legítimamente; para los católicos, ortodoxos y otros cristianos la legitimidad esta dado por el sacramento, en donde se da el consentimiento; para otros, basta sólo un consentimiento verdadero del matrimonio.

Lo que quiero demostrar en esta parte del trabajo es que la unidad y la indisolubilidad son propiedades naturales de todo matrimonio verdadero. Lo que implica es que si falta una de esas propiedades, estaríamos frente a una unión que no es matrimonio. Son varios los puntos desde los que es posible acceder a la consideración antropológica de la unidad e indisolubilidad del matrimonio. Aquí, he creído conveniente desarrollarlo en tres apartados:

- 1) El primero describe con trazos muy generales el matrimonio natural.
- 2) El segundo trata del significado de la unidad e indisolubilidad como propiedades del matrimonio.
- 3) A continuación se consideran los fundamentos antropológicos de esas propiedades.

## **1. El matrimonio natural como una institución de exigencia antropológica**

En este apartado se tratará de describir que el matrimonio es de institución natural exigida por la misma naturaleza humana. Si se logra este objetivo diremos que no hay, ni habrá legislación que cambie esta naturaleza, y si lo hay es un atentado contra el mismo hombre.

Comencemos por decir que el matrimonio hunde sus raíces en la humanidad del hombre y la mujer. El matrimonio es una realidad profundamente humana y, como tal, puede considerarse a partir tan sólo de la luz de la razón, aunque, se enriquece notablemente desde la perspectiva bíblica y del Magisterio de la Iglesia. Además, el ser humano no es un ser solitario, sino que es social, tiene historia y derecho; por eso, si decimos que el hombre lleva inscrita en su misma humanidad la exigencia de la institución, también, lo será el matrimonio.

El matrimonio como una institución de exigencia antropológica designa un conjunto de características que son necesarias en el originarse y posterior desarrollo de esa forma de vida entre el hombre y la mujer que se llama matrimonio. Así entendida, la institución matrimonial es una “necesidad” exigida por la naturaleza de los bienes —tanto de los esposos, como de los hijos, la sociedad etc.- que están en juego en el matrimonio. En la decisión de casarse están implicados bienes de tal naturaleza que nadie puede asumir únicamente en su intimidad; reclaman, por su misma naturaleza, el ámbito externo y público; y exigen unas normas éticas y garantías jurídicas que “protejan” la realidad que se instaure. En la relación con los esposos viene a indicar el modo concreto para que el hombre y la mujer vivan en cuanto esposos la vocación fundamental de todo ser humano al amor (cf. FC 11).

La “institución matrimonial” es cauce que garantiza el bien de los esposos y de la sexualidad. Cuando el hombre y la mujer se casan se da lugar a una relación que trasciende los proyectos de cada uno y compromete a los dos en la totalidad unificada de su humanidad. Se instaure entre ellos una comunión que, en cuanto tal, reclama que se donen y reciban recíprocamente “por sí mismos”: únicamente de esa manera su donación recíproca es interpersonal y, por lo mismo, “comunión”. Las normas éticas y jurídicas —esa es la conclusión— se introducen en el interior del compromiso y relación que inauguran los esposos como expresión y garantía de verdad.

La institución —los aspectos institucionales— son, a la vez, exigencia de la naturaleza de la sexualidad humana y de la libertad personal de los esposos, que por ser verdadera, puede tomar decisiones que comprometan la totalidad de su futuro. Las normas éticas y jurídicas —las relaciones de justicia— cuando responden a la naturaleza humana no coartan la libertad. Eso, sin embargo, se daría si se introdujeran disposiciones contrarias a la condición de la persona y su sexualidad.

Hagamos un paréntesis para explicar que la sexualidad es una dimensión de la persona humana. La diferenciación sexual pertenece al ser constitutivo del hombre (se es hombre o se es mujer<sup>1</sup>) y está orientada a la mutua complementariedad. Ni el hombre ni la mujer pueden llegar al pleno desarrollo de su personalidad, al margen o fuera de su condición masculina y femenina. Y esencial a esa condición es la orientación a la ayuda y complementariedad: el ser humano no existe para vivir en soledad, sólo se realiza plenamente existiendo con alguien, o más exactamente, para alguien<sup>2</sup>.

La sexualidad, por tanto, participa del valor y dignidad personal que, como tal, exige ser respetada por sí misma. Hay que evitar el riesgo de considerar a la sexualidad como un bien “extrínseco” e “instrumental”. El ejercicio de la sexualidad no se circunscribe al ámbito de los que se casan. No sólo porque toda actividad humana tiene siempre una dimensión social. Sino sobre todo porque una de las finalidades inmanentes de la sexualidad es la orientación a la fecundidad que, en el matrimonio, se concreta en constituir el espacio para la transmisión y educación de la vida humana. Por ese motivo la decisión de casarse y el ejercicio de la sexualidad en el matrimonio han de ser vividos de acuerdo con unas normas éticas y jurídicas —eso es la institución— que permitan acoger y afirmar, como personas, a los hijos desde el comienzo de su existir. El bien de los hijos exige la existencia del matrimonio como institución para el ejercicio de la sexualidad.

Cuando los contrayentes se casan, en la decisión que toman está comprometida la humanidad de sus hijos y su propia humanidad. Pero, por eso mismo, deciden también sobre la “humanización” de la sociedad. Ellos mismos y los hijos que nacen y crecen en la familia son los que integran la sociedad. Esa decisión influye de tal modo en la sociedad que exige hacerse en el ámbito externo y público, de acuerdo con unas normas éticas y jurídicas que “aseguren” la verdad del compromiso que se toma.

El matrimonio es una formalización espiritual de la sexualidad y de la génesis de la vida humana<sup>3</sup> hecha por y desde el poder espiritual de la naturaleza humana<sup>4</sup>. Así instituir significa una formalización espiritual de los instintos, es decir, controlar o vivir estos en el marco de los valores éticos producidos por la razón, facultad espiritual, por ejemplo: abstenerse de tener relaciones sexuales o de practicar la poligamia, a pesar del placer que estos actos contienen o pues de cometerlos estuviéramos actuando solo por deseos e instinto tal cual los animales, y no conforme a nuestra naturaleza.

Pero por si no queda claro todo lo que se acabo de mencionar lo podemos sintetizar en una sola frase: el matrimonio consiste en una humanización - actuar de acuerdo a la

---

<sup>1</sup> Cfr. N. LOPEZ MORATALLA Y otros, deontología biológica, en YEPES STORK R. (1996). Fundamentos de antropología. España: Euns.2000. “La condición de varón y mujer “Afecta a toda la amplia variedad de estratos o dimensiones que constituye la persona humana. La persona humana es hombre o mujer, y lleva inscrita esta condición en todo su ser”

<sup>2</sup> Cfr. Tercer Curso Internacional de Actualización Teológica. Matrimonio y Familia en la actual encrucijada. Prelatura de Yauyos, Cañete y Huarochirí. Lunahuaná, 16-20 de julio de 2001. P. 40.

<sup>3</sup> VILADRICH, Pedro-Juan, La institución del matrimonio: Los tres poderes, Madrid, ED. RIALP, 2005, Pág.60

<sup>4</sup> Cfr. VILADRICH, Pedro-Juan, La institución del matrimonio: Los tres poderes, Madrid, ED. RIALP, 2005, Pág.60.

naturaleza del hombre - una “humanización de la sexualidad” o como se entiende desde una perspectiva canónica: como la “verdadera propuesta de humanización” sin ahondar más en su contenido por referirse a verdades Divinas propias de una perspectiva teológica.

Volviendo al matrimonio natural decimos que es un compromiso voluntario y libre de los contrayentes, mediante el cual deciden quererse y entregarse el uno al otro en lo conyugal, uno con una y para siempre.<sup>5</sup> Casarse es entregarse para siempre. En este sentido, es algo tan definitivo, que no hay marcha atrás.

Resumiendo este apartado, el matrimonio es una institución natural: con ello quiere decirse que nace de la naturaleza humana y que su esencia (y por lo tanto el vínculo), sus propiedades y sus fines, así como el conjunto de derechos y deberes que comporta, son de ley y derecho naturales. Decimos además, que el matrimonio preexistente a cualquier legalidad y anterior a cualquier legalización. Ni la legalidad ni la legalización crea o constituyen el matrimonio, su función solo consiste en regular, dar publicidad y otorgar seguridad jurídica a lo que ya existe antes que ellas por naturaleza, es decir el matrimonio.<sup>6</sup>

---

<sup>5</sup> YEPES STORK, R. 2003. *Fundamentos de antropología: un ideal de la excelencia humana*. EUNSA

<sup>6</sup> HERVADA, Javier. *Diálogos sobre el amor y el matrimonio*. 3 Ed. Pamplona. Ediciones Universidad de Navarra .1987. 211-214.

## **2. La unidad e indisolubilidad como propiedades del matrimonio**

Si el todo es de ley natural, las partes también lo serán. Acabamos de decir que el matrimonio es una institución natural, lo mismo podemos decir de sus propiedades. La unidad y la indisolubilidad son partes intrínseca del matrimonio; esto es, si no hay unidad o indisolubilidad no hay matrimonio, porque son partes esencial del mismo. A continuación vamos a fundamentar lo dicho. Comencemos por la unidad.

La unidad es la propiedad que hace que el matrimonio sólo pueda tener lugar entre un hombre y una mujer; por lo tanto, se refiere a una relación heterosexual en donde la pareja se complementa y es exclusiva, es decir, monogámico. La unidad hace que los ya casados —mientras permanezca el matrimonio anterior— no puedan casarse de nuevo, porque reclama fidelidad y exclusividad, desterrando el adulterio y el divorcio. Esta unidad “hunde sus raíces en el complemento natural que existe entre el hombre y la mujer” y “es el fruto y el signo de una exigencia profundamente humana” (Cfr. FC 19).

De la unidad, también podemos decir: que es la íntima fusión de dos seres, en cuanto varón y mujer, haciéndose partícipes entre sí de la virilidad y feminidad, exigiendo monogamia...<sup>7</sup> Por lo cual, podemos decir, que la fidelidad prometida al contraer matrimonio es requisito indispensable para esta unión, de no existir provocaría un gran desequilibrio en el matrimonio, ya que los cónyuges se donan recíprocamente uno al otro, uniendo sus inteligencias, voluntades, sentimientos, teniendo los mismos deseos y objetivos. Por ello la poligamia (unión de un hombre con varias mujeres) y la poliandria (unión de una mujer con varios hombres) atentan contra la unidad del matrimonio. Únicamente está permitido volverse a casar cuando el vínculo se deshace al morir uno de los esposos.

Además, el matrimonio reclama unidad porque se puede desbaratar si no se une sólidamente para hacer frente a todas las dificultades y vencer los muchos obstáculos que surgen durante la vida. Caminar juntos el mismo camino, a pesar de las dificultades que hay en todo matrimonio. No es posible que dos personas piensen igual, pero deben luchar juntos por vencer esas dificultades. Recordemos que ambos tienen la misma dignidad y vive para esa unión<sup>8</sup>.

El matrimonio demanda la “unidad” porque es la entrega de la conyugalidad que tiene sentido de totalidad, dado que afecta al ser mismo de la persona. Esa conyugalidad se tiene por naturaleza, masculinidad y feminidad; de aquí que se entreguen en exclusiva, pues la naturaleza no puede ser dividida, es “una caro”.

---

<sup>7</sup> Cfr. HERVADA, Javier. Diálogos sobre el amor y el matrimonio. 3 Ed. Pamplona. Ediciones Universidad de Navarra .1987. 225-228.

<sup>8</sup> Cfr. GIL, F. (1980). Cuestiones fundamentales sobre Matrimonio y Familia. II Simposio Internacional de Teología. Pamplona: EUNSA. Pp. 233



El matrimonio es complementariedad por eso demanda una unidad real y única. Son una comunidad social y son el uno del otro, coposeros en justicia, en la unidad de lo conyugal, marido y esposa se poseionan mutuamente<sup>9</sup>.

En sí, el matrimonio reclama por naturaleza una relación heterosexual, complementaria, fiel, total, única, exclusiva, indisoluble, justa, de mutua perfección, con apertura al don de la vida, con apertura al reconocimiento social. Lo que implica que se dé en todo matrimonio la propiedad de la unidad y de la indisolubilidad.

Ahora veamos la indisolubilidad en el matrimonio.

En cuanto a la indisolubilidad, podemos decir que es una exigencia de la unidad. Si la entrega es plena y total respecto a la vida conyugal en común, debe ser también permanente, es decir ha de durar mientras perviva la conyugalidad, que es lo que se comunica (lo que pone en común). La entrega no sería total, si no es para toda la vida. En este sentido, la razón de "totalidad" de la entrega en unidad demanda la "totalidad" de la entrega en el tiempo. El compromiso pactado no sería formalmente total, si no lo fuese existencialmente. Es decir, la "unidad" (totalidad esencial) postula la "indisolubilidad", o sea, la totalidad existencial; nadie se entrega total y en exclusiva, si no es para siempre<sup>10</sup>.

Indisolubilidad significa que el vínculo matrimonial dura para toda la vida y nadie lo pueden deshacer. La indisolubilidad es la norma fundamental de la comunidad conyugal; según la cual el "tú" del otro cónyuge ha de ser amado en sí mismo y por sí mismo...<sup>11</sup>.

La indisolubilidad viene demandada también por la naturaleza del vínculo. En efecto, el vínculo conyugal no es un simple pacto consensual, sino que vincula una institución natural. En el matrimonio se pone en juego la "persona" y la "naturaleza"; la persona libre y responsablemente pacta en la entrega de su naturaleza en cuanto es hombre o mujer.

Si el vínculo del matrimonio lo ha hecho la naturaleza, ¿quién lo puede romper? La naturaleza, la muerte.<sup>12</sup> No obstante cabe decir que la indisolubilidad supone la imposibilidad de romper el vínculo matrimonial y para ello hablamos por ejemplo de una indisolubilidad intrínseca y una indisolubilidad extrínseca. La primera, hace referencia al consentimiento matrimonial como donación recíproca interpersonal mutua de dos personas que reclama el bien de los hijos, exigen la plena fidelidad de los cónyuges y reclaman, por supuesto, su indisoluble unidad; ya que no se puede disolver dado que no está en la voluntad de los cónyuges poder romper el vínculo conyugal que han contraído. La segunda, la indisolubilidad extrínseca, viene a ser la incapacidad o ausencia de potestad del legislador humano para disolver matrimonios, es decir, se da en los supuestos en donde

---

<sup>9</sup> Cfr. FERNÁNDEZ, A. (1999). Teología Moral. Burgos: Facultad de teología del norte de España. pp.426-428

<sup>10</sup> Miralles, A. (1999). El Matrimonio, teología y vida. Pamplona: Ediciones Palabra. PP.97-98

<sup>11</sup> Cfr. Sarmiento, Augusto. El matrimonio cristiano. Ediciones Universidad de Navarra. España. 1997. Pp 310-311

<sup>12</sup> HERVADA, Javier. Diálogos sobre el amor y el matrimonio. 3 Ed. Pamplona. Ediciones Universidad de Navarra .1987. 227

ninguna autoridad jurídica, ni la Iglesia, puede disolver el vínculo jurídico, de un matrimonio rato y consumado.

La indisolubilidad pertenece a la esencia del matrimonio. Cuando se afirma que por el matrimonio el hombre y la mujer que se casan forman una “unidad de dos” (cf. Gen 2,24; Mt 19,5) se habla de una unidad tan profunda que abarca la totalidad de las personas de los esposos en cuanto sexualmente distintos y complementarios; y, por ello, connota necesariamente la perpetuidad. Es una unidad que, por su propia naturaleza, exige la indisolubilidad. Por eso la indisolubilidad no puede entenderse como una condición extrínseca, yuxtapuesta al matrimonio; es el requisito indispensable de la verdad de la donación matrimonial a la vez que su manifestación más genuina. Tan sólo de esa manera será posible vivir existencialmente el matrimonio como comunidad de vida y amor.

También reclama la indisolubilidad la donación recíproca interpersonal, el amor conyugal a que da lugar el consentimiento matrimonial, la dignidad personal de los esposos, el bien de los hijos. Se trata no sólo de un amor exclusivo, sino de plena fidelidad de los cónyuges. La indisolubilidad es una dimensión esencial de la comunión conyugal por la que, una vez que ésta se ha constituido, ya no se puede disolver. No está en la voluntad de los cónyuges poder romper el vínculo conyugal que han contraído. En este sentido se dice que el matrimonio es intrínsecamente indisoluble.

Bajo el nombre de indisolubilidad del vínculo se integran en realidad tres grados de esta propiedad que nos ayudara a entender su naturaleza:

1) El primer grado es la estabilidad: La estabilidad del matrimonio es una unión de varón y mujer no pasajera o transitoria, sino permanente; no cabe, pues, el llamado matrimonio a prueba (hay un posible período de prueba, pero es previo al matrimonio: el noviazgo) o el matrimonio en forma episódica.

2) El segundo grado es la perpetuidad: La perpetuidad, pues la unión matrimonial no es sólo estable, sino para toda la vida; a la perpetuidad se opone la pretensión de un matrimonio estable, pero temporal o simplemente indefinido. La perpetuidad del matrimonio tiene su fundamento en la estructura misma de la naturaleza humana y en sus exigencias:

a) La capacidad de complementarse, la capacidad de unión entre el varón y la mujer es perpetua, a partir del momento en que se alcanza el suficiente desarrollo. Ni es temporal ni es intermitente. Esta capacidad viene dada por la misma estructura personal masculina y femenina, pues virilidad y feminidad son en sí estructuras y valores personales, ontológicamente complementarios, de suerte que sólo su desaparición provocaría la incapacidad para la unión, para el complemento.

b) La tendencia a la unión, o momento dinámico del sentido complementario de los sexos, es también perpetua, puesto que es la manifestación misma de la complementariedad. Decae sólo la manifestación sensitiva de esta tendencia, la libido, lo cual es una consecuencia de la historicidad del amor conyugal, de la persona en definitiva.

c) A esto hay que añadir que la capacidad para esa unión, para el complemento entre virilidad y feminidad, en cuantas estructuras propias de un varón concreto o de una mujer determinada, es invariable y permanente. La relación de complementariedad entre un varón y una mujer concretos, ni cambia, ni mengua, ni desaparece, pues ambos siguen siendo varones y siendo mujeres del mismo modo y con la misma fuerza. En consecuencia, la unión matrimonial es perpetua en virtud de la estructura misma de la naturaleza humana.<sup>13</sup>

d) Esta perpetuidad es, a la vez, una exigencia de justicia. Ya hemos dicho antes que virilidad y feminidad son valores personales y, a la vez iguales. Si son iguales y permanentes, el vínculo jurídico es obviamente perpetuo, pues la razón de justicia que sustentó la unión al nacer permanente siempre igual. Para que hubiese razón suficiente de decaimiento del vínculo haría falta una desvalorización del varón o de la mujer en cuanto tales, lo cual no sucede nunca. Por consiguiente, cualquier repudio del cónyuge es, desde este punto de vista, arbitrario, por cuanto el bien aceptado al contraer matrimonio es idéntico al que se repudia. Y como arbitrario, es injusto.<sup>14</sup>

Para explicar con mayor extensión el razonamiento anterior parece conveniente hacer algunas precisiones:

d.1) En primer lugar, es necesario advertir que el matrimonio es unión entre personas; por lo tanto, según el modo de ser de la persona humana. Ahora bien, la persona humana es naturaleza con una dimensión histórica. En este sentido la persona humana contiene dos dimensiones capitales: la naturaleza racional que en ella se individúa, y la historicidad (modo temporal de existir propio de los entes corpóreos). Es importante comprender este punto, en tanto que tiene una dimensión histórica, es devenir y cambio, es salud y enfermedad, es alegría y tristeza, es luz y sombra, es mejoramiento y es decaimiento. En tanto que naturaleza es todo ese conjunto de posibilidades no altera su valor esencial, porque el núcleo constitutivo de su naturaleza es inmutable, y en cuanto es persona, la historia humana es proyección eje un yo que permanece siempre el mismo.

El matrimonio, por ser una caro unidad en la naturaleza es fruto de la aceptación de la persona y por tanto de su historia posible. En él es esencial riesgo del futuro. La unión se hace en relación a la naturaleza inmutable y a la persona que permanece siempre la misma, y en consecuencia es necesariamente aceptación de la historia posible del Cónyuge.<sup>15</sup>

En consecuencia, ni la salud o la enfermedad, ni la riqueza o la pobreza, ni el mejoramiento moral o la caída en el vicio alteran en sí la fuerza del vínculo conyugal. Y ninguna de estas vicisitudes históricas modifica la exigencia del amor comprometido. El amor conyugal une en la personalidad (unión de dos personas por el amor) que siempre permanece igual. La alteración del amor por la historia del cónyuge es índice de un amor imperfecto, orientado, más que a la persona, a su circunstancia (amor concupiscentiae).

---

<sup>13</sup> HERVADA, Javier. Una caro: Escritos sobre el matrimonio. 1 Ed. Navarra. Ediciones Universidad de Navarra .2000.67-68

<sup>14</sup> HERVADA, Javier. Una caro: Escritos sobre el matrimonio. 1 Ed. Navarra. Ediciones Universidad de Navarra .2000.68

<sup>15</sup> Ibídem (10). 68-69

d.2) La segunda precisión se refiere al mutuo complemento matrimonial. Este complemento se refiere a los aspectos que constituyen la virilidad y la feminidad, lo mismo en lo que respecta a la generación de los hijos como al mutuo servicio.

El complemento específicamente conyugal es el que resulta de la unión de lo distinto, del amor al polo opuesto, no de la coincidencia de gustos, cultura, educación, aficiones, caracteres, etc. Es más, la diferencia entre las características femeninas y masculinas implica una complementariedad, pero no necesariamente una compenetración; al ser distintas se complementan, pero rara vez por no decir nunca se compenetran. Pertenecer a la normalidad que el varón no comprenda bien las reacciones femeninas y que la mujer no comprenda bien las masculinas. Y es lógica, pues la comprensión que es capaz de llevar a la compenetración proviene del conocimiento llamado “por connaturalidad”, que obviamente no se da en el varón respecto de lo femenino y viceversa.

En suma, el mutuo complemento en qué consiste el matrimonio no se apoya, ni en particularidades de la persona, ni en aquellos factores que no son propios de la virilidad y de la feminidad. Por consiguiente, por causa del mutuo complemento que viene dado por naturaleza no pueden plantearse fisuras a la perpetuidad, ya que la perpetuidad es producto de la fuerza del amor y su fundación recae en la capacidad superadora e integradora de la libertad humana.<sup>16</sup>

d.3) La tercera y última precisión se refiere a las cualidades de la persona y de modo particular a las virtudes morales, especificando que estas no pueden ser cualidades integrantes del matrimonio, solo influyen decisivamente en los supuestos del recto desenvolvimiento de la vida matrimonial y únicamente en cuanto lo son: la justicia y la castidad.<sup>17</sup>

Entonces, la perpetuidad como exigencia de justicia se asienta únicamente en la capacidad de complementación, que viene dada por naturaleza, y en el valor de la feminidad y de la virilidad que es igual por naturaleza en todos los individuos humanos. En cuanto a la perpetuidad de hecho; ésta se asienta en la fuerza del amor conyugal, que no proviene de las cualidades de la persona, amada o de su belleza, sino de la fuerza superadora e integradora de la dimensión de voluntad fuerza creadora de la libertad que es inherente al amor. Y esta fuerza es en sí total, puesto que la libertad sólo es destruible por una fuerza física o moral actuante sobre la persona, lo que no es el caso de las cualidades defectos o trayectoria histórica de la persona de otro cónyuge.<sup>18</sup>

3) El tercer grado es la indisolubilidad en sentido estricto: se trata que la fortaleza de la unión conyugal es tal que el vínculo no es normalmente disoluble.<sup>19</sup>

---

<sup>16</sup> HERVADA, Javier. Una caro: Escritos sobre el matrimonio. 1 Ed. Navarra. Ediciones Universidad de Navarra .2000.69-71

<sup>17</sup> HERVADA, Javier. Una caro: Escritos sobre el matrimonio. 1 Ed. Navarra. Ediciones Universidad de Navarra .2000.72

<sup>18</sup> Ibídem (13). 73

<sup>19</sup> Ibídem(6).66-67

De lo dicho, en esta parte, manifestamos que la indisolubilidad no es ajena al matrimonio, sino, que es una propiedad esencial del mismo. Sin indisolubilidad no hay verdadero matrimonio, sería una especie de unión caprichosa, fingida, no exclusiva por no darse una donación total entre los esposos que perdure.

Por otro lado, la unidad y la indisolubilidad encuentran en su raíz, tres elementos: El primero, es la unidad substancial entre nuestra alma y nuestro cuerpo. El segundo, es nuestra capacidad y necesidad de totalidad del don de nosotros mismos y de la aceptación del otro. Y finalmente el tercero, es la correspondencia complementaria.<sup>20</sup>

De todo lo presentado hasta ahora, decimos que la unidad y la indisolubilidad son propiedades diferentes que se exige mutuamente y que son esenciales de todo matrimonio. Una cosa es la entrega recíproca que sea exclusiva. Y otra, que dure para toda la vida. Pero reclaman e implica mutuamente en el fondo, dos aspectos o dimensiones de la misma realidad, que es el matrimonio. La indisolubilidad hace referencia a la permanencia de la unidad en el tiempo. Es la unidad del matrimonio que, una vez contraído, no se puede disolver, es para siempre.<sup>21</sup>

De estas propiedades veamos sus exigencias antropológicas.

---

<sup>20</sup> Cfr. Fernández, A. (1999). Teología Moral. Burgos: Facultad de teología del norte de España. Pp.429

<sup>21</sup> Cfr. Sarmiento, Augusto y Héctor Franceschi. Matrimonio y familia en la actual encrucijada. Editorial Universidad de la Sabana. Colombia. 2003. Pp 27-28.

### **3. La unidad e indisolubilidad, exigencias antropológicas**

Ya hemos visto tanto, el matrimonio a modo de una institución de exigencia de la misma naturaleza del hombre, como la unidad e indisolubilidad a manera de propiedades irrenunciables de todo matrimonio. Ahora veremos la unidad e indisolubilidad como propiedades exigidas a) por el amor conyugal, b) por la condición personal de los esposos y c) también por la dignidad de los hijos, que son exigencias antropológicas del matrimonio.

#### **El amor conyugal**

Podemos comenzar diciendo que el amor conyugal es un amor personal; de la entera persona del uno se dirige a la entera persona del otro. Lo amado no son la feminidad o la virilidad de la persona –aisladamente consideradas y mucho menos sus aspectos corpóreos exclusivamente- sino la entera persona de la mujer o del varón.

El objeto específico del amor conyugal es la humanidad del varón en cuanto varón y la humanidad de la mujer en cuanto mujer. Lo amado conyugalmente es la persona del otro en cuanto distinta, esto es, en cuanto es masculina o femenina; por eso, decimos que lo específico de este amor es su carácter sexual y, por lo tanto, el carácter procreador.<sup>22</sup>

Si el amor conyugal es un amor de personal, también debemos decir que es un amor de elección. El elemento específico, constitutivo y fundamental del amor conyugal es la voluntad, es decir un amor propiamente humano es el propio de la persona humana el cual consiste en una inclinación voluntaria, pues la asunción por la voluntad de la inclinación al otro como cónyuge. Por tanto para que exista verdadero amor conyugal y no simplemente inclinación instintiva, se exige la decisión de la voluntad por la cual una persona orienta su tendencia al otro sexo en otra persona determinada. Por tanto podemos decir que el amor conyugal es un amor de elección, connotando por ello la necesaria determinación de la voluntad sobre la persona<sup>23</sup>.

Hablamos de un amor propiamente humano si nace o se asume en la voluntad. El amor conyugal propiamente dicho no es –en su núcleo esencial- sentimiento afectuoso, ni instinto, ni enamoramiento; es voluntad de y en tendencia a la unión que impele y ordena a las distintas potencias del ser humano hacia ella, hacia la unión, según las exigencias de justicia y de ley natural que son inherentes a esa unión<sup>24</sup>.

Veamos las características del amor conyugal, que muy bien explica Viladrich, y que nos servirá para fundamentar la unidad y la indisolubilidad del matrimonio:<sup>25</sup>

---

<sup>22</sup> Cfr. HERVADA, Javier; Diálogos sobre el amor y el matrimonio; Madrid<sup>2</sup> 1975. Pp. 25-27.

<sup>23</sup> Cfr. GIL, F. (1980). Cuestiones fundamentales sobre Matrimonio y Familia. II Simposio Internacional de Teología. Pamplona: EUNSA. Pp.237

<sup>24</sup> Cfr. HERVADA, Javier; Diálogos sobre el amor y el matrimonio; Madrid<sup>2</sup> 1975. Pp. 28-31

<sup>25</sup> Viladrich, Pedro-Juan. El ser conyugal. Ediciones Rialp. Madrid. 2001. Pp. 84-85.

En primer lugar, su unidad con respecto a la conformación en esposos presenta la cualidad de lo único, la unicidad. Los esposos son un único ser en su sexualidad en el orden de lo justo. Tal unidad deriva de la correspondencia complementaria de la unión conyugal; la cual muestra que el varón dándose y dado, no se culmina más que en la mujer acogiendo y constituyéndose esta en la identidad de «ser acogida debida a su varón». Y lo mismo la mujer, la cual dándose y dada se culmina en su varón que al acogerla en si se constituye en aquella identidad que es «ser acogida debida a su mujer». Pero ninguno puede ser varón-esposo ni mujer-esposa desde si y por si mismo. Son lo que son, esposo y esposa, el uno en y por el otro, si su amor es en sí pleno y total, no se admite la entrega parcial de la capacidad de amar, sino de todo el amor conyugal. El pacto conyugal es el único modo por el que el amor conyugal puede desarrollarse en toda su potencia y alcanzar su plenitud<sup>26</sup>. Y, por eso, la unión conyugal es única.

Pero la unidad, si bien por ella se entrega algo que se tiene por naturaleza, no fusiona la naturaleza de los esposos, ni quita personalidad propia de cada uno. Lo que se entrega y se alcanza en la unidad es sólo la conyugalidad. El ámbito de la unidad se limita a la conyugalidad y niega aquellas realidades que la entorpecen, pero no asume la totalidad de intereses de la persona. Es indudable que la unidad de vida conyugal demanda que se extienda a una comunidad de aspiraciones y que exista el deseo de compartirlo todo. La “unidad” es demostrar que el matrimonio exige la “indisolubilidad” del vínculo matrimonial mientras vivan los cónyuges<sup>27</sup>.

Segundo lugar, la radicalidad personal: esta unidad entre los cónyuges es radical, en el sentido que involucra en ella a la propia persona del varón y de la mujer. El vínculo no une en dimensiones más o menos profundas, sino en la raíz misma del irrepetible sujeto personal, que es solo este varón o esta mujer, en cuanto singular persona. El verdadero esposo o esposa no es un sujeto intercambiable, ni personalmente indeterminado, sino es una persona única. La unión conyugal verdadera implica la asociación de roles o utilidades entre los sujetos; el cual une a los sujetos personales, en cuanto tales y con los valores propios de la naturaleza del ser personal y, en este sentido, la irrepetible singularidad del sujeto personal se hace presente en el matrimonio.

La radicalidad personal del amor conyugal exige la totalidad en la entrega. Los esposos han de entregarse totalmente el uno al otro: cuerpo, sentimientos, inteligencia y voluntad. Una entrega de todo lo que son. No podemos amar nada más a una parte del otro. Lo debemos amar todo: con sus defectos y cualidades, en todas las circunstancias, en lo próspero y en lo adverso, en la salud y la enfermedad. Si un esposo o una esposa ama al otro, le podrá decir: tú eres el único que existes para mí, eres mi único amor.

---

<sup>26</sup> Cfr. HERVADA, J. (1987). Diálogos sobre el amor y el matrimonio. Tercera edición. Pamplona: EUNSA. Pp.54-60

<sup>27</sup> MELENDO G.T.; ESCRIVÁ I.J.; MONS. REIG P. J. (2004). Diálogos de teología VI: El matrimonio y la familia, claves de la nueva evangelización. Valencia: Edit. EDICEP. Pp.55-56

La totalidad característica del amor conyugal implica además que sea fiel y exclusivo.<sup>28</sup> Precisamente porque la especificidad del amor entre marido y mujer encuentra su expresión peculiar en el recíproco don del acto de unión sexual, esta totalidad, requerida por el amor conyugal, corresponde también a las exigencias de una fecundidad responsable. El matrimonio es para siempre. No puede haber una entrega total si es nada más por un tiempo<sup>29</sup>.

En tercer lugar, la incondicionalidad demuestra que el sujeto vale por y en sí mismo por ser esta mujer o este varón en cualquier circunstancia de la vida; fortalece poderosamente la confianza de la intimidad de compañía conyugal, que trasciende utilidades y roles.

La incondicionalidad viene exigida por el valor de la persona. Como carácter real del vínculo conyugal, aquella incondicionalidad es asumida y actuada por un acto voluntario de las personas, en cuanto quieren voluntariamente implicarse como personas con la persona de su esposo, padre o madre, hijos o hermanos. Y el valor de cada persona, por ser esta persona, es incondicional en sí y por sí mismo. Gracias a este carácter del verdadero matrimonio, en las familias fundadas en la unión conyugal.

Finalmente la fidelidad que exige de los esposos, por su misma naturaleza, una fidelidad inviolable. La fidelidad es esencial en el matrimonio. La entrega total no permite el compartir al cónyuge, es una decisión de un varón y una mujer que optan por existir uno para el otro, donándose mutuamente en cuanto varón y mujer con todo lo que son y tienen<sup>30</sup>. Ambos deben luchar diariamente por buscar vivir unidos en su corazón, en su mente y en su cuerpo. Esto es consecuencia del don de sí mismo que se hacen mutuamente los esposos. El auténtico amor tiende por sí mismo a ser algo definitivo, exclusivo y permanente.

La fidelidad en el matrimonio es parte de la justicia, ya que por el verdadero amor se llega a la entrega mutua excluyendo así el egoísmo<sup>31</sup>. La infidelidad hace que la entrega entre esposos no sea total, si no egoísta, buscando placer propio, antes que satisfacción del cónyuge.

El amor conyugal implica el don recíproco de los esposos, don personal y total: los esposos se donan en cuanto lo que son, y no en cuanto lo que tienen, que pueden ser cosas materiales. En efecto, la persona es todo único, indiviso e indivisible de cuerpo, psique y espíritu. La no totalidad del don, buscaría placer más que amor, se manifiesta sin lugar a dudas, en la separación de los dos significados que se encierran inseparablemente en el amor conyugal (unitivo y procreativo). No se puede buscar unidad verdadera sin entrega total en el amor conyugal, para que sea total debe estar abierto a la vida. El hombre no es dueño de la vida, sino administrador del proyecto grabado en su naturaleza de

---

<sup>28</sup> CFR PABLO VI. (1968). Enc. Humanae vitae. Pág. 25, citado por MIRALLES, A. (1999). Pág. 54.

<sup>29</sup> VILADRICH, P. (2002). El Pacto Conyugal. 4º Ed. Madrid: Edit. Rialp.

<sup>30</sup> Cfr. Tomás Melendo Granados. Estudios Universitarios Sobre La Familia. España

<sup>31</sup> RODRÍGUEZ, L. (1991). Ética. 5º edición. España: Universidad de Navarra.



persona. Si se mantiene los aspectos de unitivo y procreativo del acto conyugal<sup>32</sup> se conservaría íntegramente el sentido mutuo y verdadero amor y su orientación hacia la altísima vocación del hombre y de la mujer a la paternidad y maternidad<sup>33</sup>.

El amor conyugal que se da en el matrimonio ha de ser fiel, exclusivo, unido, total, indisoluble, fecundo, ordenado al bien de los hijos y de los esposos. En otras palabras, el verdadero amor conyugal reclama las propiedades de la unidad y de la indisolubilidad dentro del matrimonio para que se den verdaderamente esas condiciones. El amor conyugal no se da por una simple unión, todo lo contrario, se da por un compromiso de exclusividad y fidelidad que hace de la entrega corporal de los esposos, una entrega total y permanente.

Ahora, pasemos a como el bien y la dignidad de los esposos reclama la unidad y la indisolubilidad del matrimonio.

### **El bien y dignidad personal de los esposos.**

Quisiera comenzar con unas palabras del catecismo: “El amor de los esposos exige, por su misma naturaleza, la unidad y la indisolubilidad de la comunidad de personas que abarca la vida entera de los esposos: ‘De manera que ya no son dos sino una sola carne’ (Mt 19,6; cf. Gen 2,24)” (CEC 1644). Vivir las propiedades del matrimonio, unidad e indisolubilidad, es garantizar el bien y la dignidad personal de los esposos.

En lo que respeta a la unidad: “La unidad del matrimonio aparece ampliamente confirmada por la igual dignidad personal que hay que reconocer a la mujer y al varón en el mutuo y pleno amor” (CEC 1645; cf GS 49; FC 19). Por su masculinidad y feminidad, el hombre y la mujer son diferentes; pero en cuanto personas, son radical y esencialmente iguales: sus relaciones mutuas tienen que desarrollarse en términos de igualdad. Lo que no sucedería si el vínculo que les une no fuera exclusivo (o no lo fueran las relaciones a que ese vínculo da lugar). En el matrimonio ambos cónyuges siguen siendo dos personas humanas completas y distintas, sin embargo el vínculo que los une, enlaza sus seres, con lo cual constituyen una unidad<sup>34</sup>.

“Por causa de esa unión ambos se pertenecen mutuamente, bien entendido que esta posesión significa una profunda unión, en cuya virtud los cónyuges forman la unidad, de tal suerte que cada uno de ellos es como parte del otro: carne de su carne, huesos de sus huesos”<sup>35</sup>, esto último quiere decir que cada esposo se prolonga en el otro. Y esto no en un

---

<sup>32</sup> El acto conyugal tiene una dignidad ético-ontológica particular que lo distingue de otras actividades humanas (lúdicas, poéticas o productivas); se trata del acto que por sí mismo está abierto a dar la existencia, la vida, no a un objeto, sino a una persona (dimensión física, afectiva y espiritual) en una forma de unión que es por esto totalizadora. SGRECCIA, Elio. Manual de Bioética I: Fundamentos y ética biomédica. BAC. Madrid 2009. P. 506.

<sup>33</sup> Cfr. SGRECCIA, Elio. Manual de Bioética I: Fundamentos y ética biomédica. BAC. Madrid 2009. Pp. 528-529.

<sup>34</sup> HERVADA, J. (1987). Diálogos sobre el amor y el matrimonio. Tercera edición. Pamplona: EUNSA. Pp. 188

<sup>35</sup> Hervada, J. 1987. Diálogos sobre el amor y el matrimonio. España

sentido psicológico afectivo, sino con fundamento ontológico del varón y la mujer, cada uno es como una prolongación del otro, como una parte del otro, complemento o compenetración.

La razón de la unidad del matrimonio (monogamia) es la igualdad en dignidad y en valor que existe entre varón y mujer. Virilidad y feminidad, las cuales son dos formas accidentales de individualización completa de la naturaleza humana, por ello varón y mujer no son solamente iguales en dignidad y valor en cuanto a personas humanas, sino también en su diferenciación masculina y femenina.<sup>36</sup>

Ahora, nos referimos a la indisolubilidad: Por Derecho natural el matrimonio es, según la doctrina común, indisoluble en razón de los fines del matrimonio, y de modo especial, aunque no único, por razón del fin de la mutua ayuda. La indisolubilidad en el matrimonio busca el bien de los esposos: La entrega de la persona exige, por su naturaleza que sea duradera e irreversible. La indisolubilidad del matrimonio deriva primeramente de la esencia de esa entrega de la persona a la persona.

La indisolubilidad es la plenitud de la unidad en el tiempo. Tan sólo hay verdad en la donación esponsal cuando hay voluntad de duración y promesa de fidelidad, cuando los esposos se entregan y se reciben incondicionalmente. La decisión de ser fieles no se introduce en la donación matrimonial de los esposos como algo posterior, como si fuera la consecuencia de su amor. La fidelidad, por el contrario, procede a su amor pues no hay amor sin fidelidad. Y no hay fidelidad en el matrimonio sin indisolubilidad. En el matrimonio son primordiales el amor, fidelidad e indisolubilidad.

También podemos decir, que el matrimonio como donación mutua de los esposos exige la indisolubilidad; es la garantía de la verdad de la donación conyugal. Si no fuera “para siempre”, la donación de los esposos no sería total; y como la totalidad es característica esencial de la donación conyugal, habría que concluir que ésta no sería verdadera.

En el matrimonio amor, fidelidad e indisolubilidad son aspectos integrantes y complementarios de la misma realidad: el amor matrimonial. Antes que ley o precepto, antes que exigencia social, la indisolubilidad es una exigencia interna de la donación matrimonial. Pero, como se decía en relación con la unidad, el matrimonio es indisoluble de manera exigitiva y tendencial. Por su misma naturaleza y desde su misma raíz la donación mutua de los esposos exige, y está dirigida a ser “para siempre”.

Es importante recalcar que la indisolubilidad es el que fija y regulariza más dignamente las relaciones de los individuos entre sí. Dado que “facilita y fortifica la unión y armonía de las familias, da un bello y útil carácter de permanente estabilidad a los derechos y obligaciones de los consortes, favorece la mejor educación de los hijos en todos conceptos, y coadyuva y robustece la práctica de todas las virtudes domésticas, cívicas y religiosas”<sup>37</sup>.

---

<sup>36</sup> Cfr. HERVADA, J. Una Caro. Escritos sobre el matrimonio, Navarra; España: 1998. P.65

<sup>37</sup> MESTRE y CABANES, José. (1859). De la indisolubilidad del matrimonio. Madrid-España. Ubicado en:

Un matrimonio que tenga en cuenta la indisolubilidad es garantía del bien y dignidad de los esposos. No se puede buscar el bien de los esposos, si no se busca que esa unión matrimonial sea para siempre. Es muy distinto vivir en pareja pensando que si no resulta las cosas me separo, que, esmerándose cada día para que esa unión perdure en el tiempo. El amor total, exclusivo, indisoluble y fiel garantiza el bien de los esposos.

### **El bien y dignidad personal de los hijos.**

Las propiedades del matrimonio no sólo garantizan el bien de los esposos, también garantizan el bien y la dignidad de los hijos.

En cuanto a la unidad, es una propiedad del matrimonio exigida por: el amor y condición personal de los esposos; y la dignidad personal de los hijos. El amor conyugal, la condición personal de los esposos y su radical igualdad y dignidad, y el bien de los hijos exigen que la comunión y comunidad conyugal sea exclusiva. La unidad del vínculo matrimonial es de tal naturaleza que, mientras se dé ese vínculo, hace que sea nula (no tenga validez) cualquier unión conyugal con una tercera persona.

La unidad garantiza la educación de la prole. Aunque la transmisión de la vida humana puede tener lugar fuera del matrimonio, sin embargo, la dignidad personal de los hijos tan sólo se protege adecuadamente dentro de la unidad del matrimonio. Dada la condición personal de los hijos, la procreación incluye necesariamente la educación, que se vería grandemente dificultada en un contexto distinto de la unidad matrimonial.

La unidad no es exigida por “el derecho natural primario” sino por “el derecho natural secundario”, como medio de favorecer la consecución del fin primario (la procreación y educación de los hijos) y del todo necesario para los fines secundarios (los demás fines del matrimonio) según la terminología clásica al tratar de los fines del matrimonio.

Por otra parte, el matrimonio debe ser indisoluble porque, de no serlo, difícilmente se podría proveer de manera adecuada a la educación de los hijos. La condición personal de los hijos reclama la indisolubilidad del matrimonio como contexto idóneo para el desarrollo de su personalidad. Solo el matrimonio indisoluble “atiende perfectamente a la debida protección y educación de los hijos”.

El carácter indisoluble del matrimonio es comparable a los muros de la casa. De hecho, la estabilidad cierta de los vínculos familiares contiene y da permanencia a todo lo que es interior en el hogar, ya que acoge y protege la alegría de los encuentros, el cariño y la confianza, la lealtad y la solidaridad, los recuerdos y la nostalgia, el apoyo mutuo en las

pruebas, las tareas, las enfermedades y las desgracias, y los gestos renovados de gratitud, perdón y misericordia.

También, la indisolubilidad, permite al espíritu de familia alcanzar su madurez, da a los hijos la experiencia de contar con el respaldo del amor incondicional de sus padres, y asegura continuidad a su tarea educativa. Es más, esos muros exteriores son necesarios para que crezca y madure cuanto enriquece a la familia su relación con la sociedad, y para fortalecer a sus miembros como constructores de la misma. Abren un ambiente propicio al desarrollo de proyectos comunes y a la esperanza.

Citando al Concilio Vaticano II (cf. GS 49) *Familiaris consortio* argumenta que la indisolubilidad, enraizada en la donación personal y total de los cónyuges, está exigida también por el bien de los hijos (cf. FC 20). Es la misma argumentación empleada para la unidad del matrimonio: el matrimonio debe ser indisoluble porque, de no serlo, difícilmente se podría proveer de manera adecuada a la educación de los hijos. La condición personal de los hijos reclama la indisolubilidad del matrimonio como contexto idóneo para el desarrollo de su personalidad.

La indisolubilidad de matrimonio no nace como una exigencia irrealizable, sino por el contrario siendo rasgo esencial que define el matrimonio, se constituye en un bien de defensa ante esta sociedad divorcista, que actualmente pretende ser prioridad en alternativa de soluciones para aquellos matrimonios que pasan por momentos difíciles.

El matrimonio indisoluble ofrece verdadera seguridad de estabilidad para los hijos y los cónyuges, un bien para los mismos esposos, ya que garantiza la estabilidad de la institución familiar. Por tanto rasgos esenciales del matrimonio, no son ni límites ni obstáculos, sino por el contrario son valores que en los que el amor conyugal encuentra su más perfecta realización.

A manera de conclusión de esta parte, decimos que el verdadero matrimonio es la unión de un solo hombre y una sola mujer, que se da el consentimiento de donarse libremente de manera total, exclusiva, fiel y para siempre. Todo matrimonio verdadero tiene como propiedades, que corresponde a su misma esencia, la unidad y la indisolubilidad. Estas mismas garantiza el amor conyugal, el bien y la dignidad de los esposos y de los hijos. La misma naturaleza de ser hombre y ser mujer reclama la unidad y la indisolubilidad del matrimonio.

## **SEGUNDA PARTE**

### **Atentados directo contra las propiedades esenciales del matrimonio**

Hoy como nunca la familia y el matrimonio se ve atacada por muchas ideologías y costumbres que denigran al hombre, como son la poligamia, el adulterio, la política divorcista, el machismo, el feminismo, el matrimonio “a prueba”, la homosexualidad, etc.

Las amenazas contra el matrimonio y la familia, bien conocidas, han colocado a no pocas personas en una verdadera encrucijada. Para muchos, la familia fundada en el matrimonio lamentablemente ha dejado de ser el camino común, único e irrepetible de expresión del amor humano. Aparecen otros caminos, que se cruzan y oponen a la exigencia natural de ser humano<sup>38</sup>.

Lo que quiero demostrar en esta parte del trabajo es que todo atentado contra la unidad e indisolubilidad del matrimonio es un atentado directo contra el hombre, el matrimonio, la familia y la misma sociedad. Los atentados son cada vez más, en esta parte nos vamos a referir a la poligamia, el adulterio y el divorcio

En la primera parte he fundamentado, desde la naturaleza misma del ser hombre y ser mujer, las propiedades de unidad e indisolubilidad que son esenciales en todo matrimonio. En esta segunda parte, veremos como A) la poligamia, B) el adulterio y, C) el divorcio atentan directa e indirectamente contra las propiedades del matrimonio que hemos estudiado en la parte anterior.

---

<sup>38</sup> Cfr. Tercer Curso Internacional de Actualización Teológica. Matrimonio y Familia en la actual encrucijada. Prelatura de Yauyos, Cañete y Huarochirí. Lunahuaná, 16-20 de julio de 2001. P. 8..

## **1.- La poligamia como atentado directo contra las propiedades esenciales del matrimonio**

Hoy en día la unidad del matrimonio se ha visto afectada con diferentes prácticas entre las que destaca la poligamia<sup>39</sup>, que atenta contra la esencia del matrimonio y la unidad superior formada por los cónyuges que no se trata sólo de una simple unidad de coasociados en orden a unas actividades, sino también de una unidad de seres, que se ha definido como una fusión de cuerpos y almas.

Por otro lado, la fidelidad prometida al contraer matrimonio es un requisito indispensable para esta unión, de no existir provocaría un gran desequilibrio en el matrimonio. Por ello la poligamia (unión de un hombre con varias mujeres) y la poliandria (unión de una mujer con varios hombres) atentan contra esta propiedad del matrimonio.

La poligamia responde a una “crisis generalizada de los valores éticos y a la difusión de una mentalidad materialista y hedonista”<sup>40</sup>. Entre los argumentos dados a favor del divorcio, pueden distinguirse algunos en los que también se ampara la poligamia<sup>41</sup> y que no tiene fundamento alguno:

La indisolubilidad es un valor específicamente cristiano, y por lo tanto, no se puede aplicar a una sociedad pluralista como norma general.

La indisolubilidad no puede pertenecer a la ley natural, debido a que se opone al derecho básico de todo ser humano a ser feliz, con lo cual sería lícito disolver la unión matrimonial infeliz.

Este concepto hedonista de felicidad es errado, debido a que sólo se basa en un placer continuo y una ausencia de toda dificultad. Cabe agregar que sobre la tierra no existe una realidad que no esté sujeta a alas adversidades de la vida.

Por otra parte, decimos que “la unidad del matrimonio aparece ampliamente confirmada por la igual dignidad personal que hay que reconocer a la mujer y el varón en el mutuo y pleno amor” (GS 49, 2). Además, la poligamia es una atentado contra el matrimonio “en cuanto contradice la idéntica dignidad entre el hombre y la mujer y la unidad y exclusividad del amor conyugal”<sup>42</sup>. Manifestará que “la mujer casada no es dueña de su cuerpo, sino que lo es el marido. Y asimismo el marido no es dueño de su cuerpo, sino que lo es la mujer”<sup>43</sup>. La fidelidad prometida al contraer matrimonio es un requisito indispensable para esta unión, de no existir provocaría un gran desequilibrio en el

---

<sup>39</sup> Régimen familiar en que se permite al varón tener pluralidad de esposas. REAL ACADEMIA DE LA LENGUA ESPAÑOLA. *Diccionario Enciclopédico Océano Uno*. Barcelona. Océano

<sup>40</sup> RODRIGUEZ, op. Cit 1982. Pág. 190

<sup>41</sup> Cfr. RODRIGUEZ LUÑO, Ángel. *Ética*. España. Eunsal. 1982. Pág.190-191

<sup>42</sup> Catecismo de la Iglesia Católica. 2da ed. Ed. Epiconsal. Lima. p 110 [1645-1648]

<sup>43</sup> Véase. Sagrada Biblia. Cor. 7, 4

matrimonio. Por ello la poligamia (unión de un hombre con varias mujeres) y la poliandria (unión de una mujer con varios hombres) atentan contra la unidad y la indisolubilidad del matrimonio.

Por eso, decimos que la poligamia es la primera de las formas de infidelidad conyugal y de ruptura de la unidad, por tanto no se ajusta a la ley moral y contradice radicalmente a la comunión conyugal como a la unidad del matrimonio por varias razones entre las que destacan:

La poligamia niega el compromiso de mantenerse unidos para siempre que por el matrimonio, el hombre y la mujer, se han hecho “una sola carne”. La poligamia se opone al derecho natural impidiendo el cumplimiento de los fines del matrimonio, consecuentemente evita la realización o perfección personal y familiar<sup>44</sup>, no sólo de aquel esposo polígamo sino también de su pareja.

La poligamia es contraria a la igual dignidad del hombre y la mujer en el matrimonio y va contra la naturaleza del amor conyugal que reclama la exclusividad en la totalidad. Por lo tanto, no se puede hablar de una relación de justicia, entre dos “realidades completas y suficientes en el mutuo complementarse”<sup>45</sup>

La poligamia se opone, al menos dificultad grandemente, el bien de los hijos, en cuanto fin del matrimonio: porque, aunque con la poligamia es posible la transmisión de la vida es evidente que son muchos los inconvenientes que entonces se dan para la educación de los hijos, como misión común del padre y de la madre.

La poligamia atenta contra la unidad por que niega el compromiso de ser una sola carne, esto porque el amor conyugal es el resultado de la profunda unidad del matrimonio y “quien pretendiera entregarse a más de un hombre o mujer, no podría hacerlo sino de forma parcial, distribuyendo entre varios, siquiera temporalmente, lo menos personal y más externo de su sexualidad”<sup>46</sup>. Se advierte entonces que los amantes no se poseen de forma exclusiva, sino fragmentariamente al contrario que los verdaderos cónyuges. Por tanto, no se aman, pues el amor auténtico es absoluto e implica a la persona toda en su radical y fornida unidad, es decir no se admite repartos<sup>47</sup>.

Respecto del atentado contra la dignidad por parte de la poligamia, resulta evidente, puesto que la dignidad como eminencia del ser representa “el primer principio, fuente de todos los derechos, con carácter no disponible”<sup>48</sup> que deriva del estatuto sui generis de la persona pero también es atributo directo del hombre como imagen de Dios, pues solo la voluntad divina podría haber brindado al hombre tal estatuto. Esa dignidad hace especial al

---

<sup>44</sup> Esto debido, a que existe en el ser humano la inclinación al matrimonio. Razón por la cual, tanto el matrimonio como el cumplimiento de sus fines no son una acción forzosa, es decir que no se realice de manera natural.

<sup>45</sup> Cfr. HERVADA, op. Cit. Pág. 65

<sup>46</sup> Melendo, T; Millán-Puelles, L. Asegurar el amor. Antes y durante el matrimonio. España. 2007. p 39

<sup>47</sup> Cfr. Ibídem

<sup>48</sup> Spaeman, R. Límites acerca de la dimensión ética del actuar. Sobre el concepto de dignidad humana. Ed. Euns. Madrid. 2003. p 106

hombre, de ahí que merezca respeto por su condición de persona, y la poligamia representa de una forma u otra el engaño al cónyuge, la ruptura del compromiso matrimonial adquirido libremente y por consiguiente la desvalorización de quien es víctima de tal engaño. El otro se vuelve objeto, no se le valora en sí mismo, es tomado como medio y no como fin, entonces se ha convertido en un instrumento de ahí que se degrade su dignidad, ya que nadie que haya entregado su vida por amor, amor que, valgan verdades es exclusivo merezca tener que compartirlo de forma tan imperfecta desnaturalizando la verdadera esencia del amor conyugal como del matrimonio.

El tercer punto, es de especial importancia, porque aquí entran a tallar otros personajes. Pero no se trata de cualquier clase de personajes, sino por el contrario de quienes dan sentido pleno a la familia: los hijos. Una de las funciones primordiales de la familia es la de procreación y educación de los hijos<sup>49</sup>, cuyas bases son halladas precisamente en el amor de ambos padres, que se ha de volver el real sustento para los hijos.

Lo determinante en la crianza de los mismos será el amor, pues si bien existen otra clase de necesidades como la de alimento, vestido y educación, será el amor el alimento de los hijos, es el cariño y protección que los padres puedan brindarles a estos el que les permitirá en un ambiente armonioso haciendo de estos, personas seguras de sí. Como ya se había planteado anteriormente, si el respeto de los padres y por tanto el amor, se ha esfumado, por consiguiente el amor a los hijos tal vez no se reduzca, pero si se vea afectado notablemente, puesto que será un amor repartido, y si los hijos no hayan la felicidad y el amor suficiente dentro de sus familias, es casi imposible que lo hagan fuera de ellas.

Asimismo el hecho de que el padre o la madre, cuente con más de una familia significa que tendrá que dosificar sus tiempos como sus ingresos, de tal forma que no asumirá de manera adecuada su rol de padre, pues hará falta en alguno de los hogares, lo mismo sucede en el caso de los ingresos, que aunque no es lo elemental, el padre no dará por justicia lo que a cada hijo le corresponde y de alguna forma u otra alguno de los hijos se verá sacrificado.

El padre polígamo tendría una relación distinta con cada hijo, en virtud a ello es que “la poligamia da lugar a un déficit o a una dificultad educativa, puesto que no permite establecer estrictamente relaciones fraternales. De ahí que la relación matrimonial debe ser una con uno. Esa es una gran justificación del matrimonio monógamo, es decir, de su unidad”<sup>50</sup>.

Estudios han comprobado que los niños que provienen de padres polígamos poseen una personalidad inmadura, se dedican sobrevivir como pueden y son generalmente los

---

<sup>49</sup> El fin principal de todo matrimonio es la procreación y la educación de los hijos, ya que ha sido la causa que se han sometido al matrimonio y hay que respetarla como Dios a establecido a tener nuestras descendencias, ya que los hijos son de inestimable importancia para la comunidad de vida y unión de los esposos. Gran Enciclopedia Rialp (Ger). Tomo XV. Ed. Rialp. Madrid .1993. p. 294

<sup>50</sup> Un varón padre de varios hijos en distintas mujeres, va en contra de la dignidad humana porque eso descoyunta la relación entre al amor de los esposos y el amor al hijo. Polo, L. Ayudar a crecer. Cuestiones de filosofía de la educación. Ed. Eunsal. Pamplona. 2006. p 91



niños peor educados, esto porque “la poligamia es antipedagógica”<sup>51</sup> y hace imposible la educación ya que si no va unida al amor de los esposos, no funcionará.

El termino poligamia, como ya se dijo, puede ser dividido en: poligamia en sentido estricto y la poliandria. Si bien es conocido el carácter negativo de la poligamia por el atentando que significa a las propiedades esenciales del matrimonio. Por esta razón, el carácter negativo de la poligamia parece ser una explicación no comprensiva para algunos, o muy general para otros. He a continuación una explicación más detallada del atentado que significa la poligamia:

En primer lugar la poligamia es negativa, porque se opone al derecho natural, esto es impide el cumplimiento de los fines del matrimonio, consecuentemente evita la realización o perfección personal y familiar<sup>52</sup>, no sólo de aquel esposo polígamo sino también de su pareja.

Otra razón, es la desigualdad que lleva en si la poligamia. Es decir con la poligamia no se puede hablar de una relación de justicia, entre dos “realidades completas y suficientes en el mutuo complementarse”<sup>53</sup>.

Una razón más, es el carácter normativo que posee la unidad, el cual se ve violado por la poligamia.<sup>54</sup>

En conclusión, cabe hacer recordar que el ser humano es un ser conocedor de sus actos, que se auto determina a ellos. He aquí, que la existencia de la poligamia y otros atentados contra el matrimonio no pueden ser presentados como actos no evitables. El ser humano en el más simple acto posee la capacidad para prever su finalidad, esto no quiere decir que pueda ser inmune a las circunstancias del mundo exterior a él.

La institución del matrimonio tiene sus fines, los cuales han de ser cumplidos teniendo en cuenta sus propiedades. El incumplimiento de estas propiedades, significa la imposición de nuevos fines, los cuales destruyen la institución del matrimonio. Son fines egoístas, son fines puestos por la conveniencia desigual de uno de los cónyuges, donde no pueden de ninguna manera establecerse una relación de justicia. En otros términos, los fines del matrimonio y su respectivo cumplimiento son un hecho objetivo y no subjetivo.

La poligamia será siempre un impedimento para el cumplimiento de los fines, primario y secundario del matrimonio. La aparición de un tercero significa la no “donación total, y sin ella, no se da matrimonio, pues la entrega mutua y total exige exclusividad”<sup>55</sup>, y además la correcta educación a los hijos.

---

<sup>51</sup> Ídem. p. 92

<sup>52</sup> Esto debido, a que existe en el ser humano la inclinación al matrimonio. Razón por la cual, tanto el matrimonio como el cumplimiento de sus fines no son una acción forzosa, es decir que no se realice de manera natural.

<sup>53</sup> HERVADA, op. Cit. Pág. 65

<sup>54</sup> HERVADA, op. Cit. Pág. 66

<sup>55</sup> FERNANDEZ, Aurelio. El mensaje moral de Jesús de Nazaret. 1ª edición. Madrid. Pelicano. 1998. Pág. 120

Por último cabe decir que la poligamia, se presenta como una imposibilidad para que la persona consiga su perfeccionamiento, pues no consiste en un actuar libre, parece además decir que libertad es aquella que es acorde con la naturaleza de la persona, aquella libertad que es acorde al bien y a la verdad. Es evidente pues, que la poligamia constituye un grave atentado no solo contra la dignidad de los cónyuges y su amor sino que repercutirá en la formación de los hijos, afectando el ámbito familiar y como consecuencia de ello, el ámbito social. En la poligamia no podemos hablar de un amor de donación, que sea único e indisoluble, total, fiel, perpetuo y exclusivo.

## **2.- El adulterio como atentado directo contra las propiedades esenciales del matrimonio**

A lo largo del tiempo, se le ha dado al matrimonio diversas concepciones; y sus propiedades esenciales han sido, desde la antigüedad, vulneradas. Siendo uno de los pecados que lesiona y desnaturaliza la unión matrimonial, el adulterio, por lo que constituye un atentado contra el matrimonio y sus propiedades, así mismo viola los derechos y dignidad del cónyuge y quebranta la integridad de la familia.

El adulterio atenta contra la naturaleza y fines del matrimonio, pero no lo disuelve; ya que el vínculo matrimonial es indestructible.

Comencemos por explicar que se entiende por adulterio: Este término (adulterio); es entendido como la unión sexual fraudulenta, la misma que se origina "...por la cohabitación ilegítima de un hombre y una mujer, siendo uno de ellos o ambos casados."<sup>56</sup> De esta manera, el adulterio constituye una infidelidad conyugal; ya que no es más que el "Ayuntamiento carnal voluntario entre persona casada y otra de distinto sexo que no sea su cónyuge"<sup>57</sup>. Por lo tanto; atenta contra el matrimonio, contra el derecho y dignidad del cónyuge y contra la familia.

El adulterio daña la unidad del vínculo matrimonial. No obstante, debemos resaltar que – como lo dijimos líneas más arriba- el adulterio daña y lesiona la naturaleza del vínculo matrimonial; mas no lo destruye ya que el vínculo matrimonial es indestructible. También se desprende el hecho de que el hombre, desde siempre, ha estado inmerso en diversas acciones que perjudican y degeneran la naturaleza monogamia del matrimonio; esto debido a que casi siempre se deja manipular por el placer personal lo que va dar lugar a una serie de consecuencias graves para la vida familiar; olvidando las normas morales que deben regir al matrimonio.

---

<sup>56</sup> TORRES VÁSQUEZ, Aníbal. (2007). Código Civil. 1º edición. Editorial IDEMSA. Lima .319

<sup>57</sup> DICCIONARIO DE LA LENGUA ESPAÑOLA. Matrimonio. Vigésima segunda edición. (ubicado el 10. 10.08) obtenido en [http://buscon.rae.es/draeI/SrvltConsulta?TIPO\\_BUS=3&LEMA=matrimonio](http://buscon.rae.es/draeI/SrvltConsulta?TIPO_BUS=3&LEMA=matrimonio). La reprobación de este pecado sexual; está contenido en el Decálogo: "No cometerás adulterio", así mismo se prohíbe "desear la mujer del prójimo". Por su parte; el Levítico lo estipula con más claridad: "No te juntes carnalmente con la mujer de tu prójimo, contaminándote de ella". El Deuteronomio, es más radical en la sanción que se le debe asignar a dicho pecado, señalando que ambos deben morir: "Si se sorprende a un hombre acostado con una mujer casada, morirán los dos: el hombre que se acostó con la mujer y la mujer misma..."; según el Deuteronomio; el adulterio también se comete con una mujer no casada pero que tiene la calidad de prometida; y en el caso que lo cometan los dos –hombre y mujer- serán apedreados. Cfr. FERNÁNDEZ, Aurelio. (1999). Compendio de Teología Moral. 2º edición. Ediciones PALABRA. Madrid.500-501.

El adulterio al no respetar la mutua fidelidad produce la desarmonía en el hogar.<sup>58</sup> Si bien es cierto, uno de los principios morales que rigen el matrimonio es la fidelidad, que debe ser mutua; pero en el caso de existir adulterio puede llegar a darse la separación de cuerpos<sup>59</sup>, pero el vínculo matrimonial es inmutable. Por lo que; “...Las situaciones por las que puedan pasar los cónyuges, a lo largo de su vida, pueden ser muy duras; pero ninguna es capaz de disolver el vínculo.”<sup>60</sup>.

Sobre la fidelidad que exige el amor conyugal y que es dañado por el adulterio, decimos que es la promesa matrimonial de la recíproca donación total, que caracteriza al matrimonio porque atiende a que fuera del vínculo conyugal, no se unan uno con otra; se refiere también al compromiso de amor y entrega recíprocos propios del vínculo conyugal. Del mismo modo se opone al adulterio siendo situaciones que contribuyen a la disminución del amor de pareja.

Volvamos al adulterio. Este contradice a la dignidad del cuerpo y estaría lastimando a la persona afectada; contradice también al amor único y exclusivo de los esposos. Además, de ser incompatible con la fidelidad reclamada por el amor conyugal, lo que conllevaría a la ruptura misma de ese amor y a la desconfianza que se tenía. El adulterio no admite ninguna excepción, ni siquiera en el caso de que se cometiera con el consentimiento del propio cónyuge, ya que los derechos-deberes conyugales, enraizados en la entrega y aceptación de la persona por el consentimiento matrimonial, no dependen de la decisión humana. Por último, el adulterio destruye el hogar, y si hay hijos serán las víctimas en la relación.

El Catecismo de la Iglesia Católica hace un buen resumen de motivos de la malicia moral del adulterio: “El adulterio es una injusticia. El que lo comete falta a sus compromisos. Lesiona el signo de la Alianza que es el vínculo matrimonial. Quebranta el derecho del otro cónyuge y atenta contra la institución del matrimonio, violando el contrato que le da origen. Compromete el bien de la generación humana y de los hijos, que necesitan de la unión estable de los padres” (CEC 2381).

El adulterio es entendido hasta aquí, como es un atentado gravísimo contra la castidad, la fidelidad, la justicia y la caridad, y un impío atentado contra la naturaleza y finalidad del matrimonio, y lesiona la dignidad y derechos del cónyuge. Y es mucho más grave cuando ambos adúlteros son casados, o cuando el adulterio causa la ruina y desorganización completa de algún matrimonio, perjudicando acaso gravemente también a los hijos. La persona soltera que peca con casada es también culpable de adulterio.

---

<sup>58</sup> Cfr. MEDELLÍN A., Carlos; MEDELLÍN F. Carlos; MEDELLÍN B. Carlos. Lecciones del Derecho Romano. 14a. Edición. Bogotá. Editorial TEMIS S.A. 2000. 310

<sup>59</sup> En nuestro Código Civil (Art. 332), se señala lo siguiente con respecto a la separación de cuerpos: “...La separación de cuerpos suspende los deberes relativos al lecho y habitación y pone fin al régimen patrimonial de sociedad de gananciales, dejando subsistente el vínculo matrimonial...”<sup>59</sup>. Esta separación de cuerpos a la que hacemos referencia, tiene como causal primera, al adulterio. No obstante; el mencionado artículo señala también, muy claramente, que a pesar de existir adulterio, el vínculo matrimonial es indestructible.

<sup>60</sup> SARMIENTO, Augusto. (1980). Matrimonio y Familia: II Simposio Internacional de Teología de la Universidad de Navarra. EUNSA. Pamplona- España. 1980. 304

### **3.- El divorcio como atentado directo contra las propiedades esenciales del matrimonio**

A pesar de todos los fundamentos expuestos que defienden la unidad e indisolubilidad en todo matrimonio, actualmente puede parecer difícil, incluso imposible, atarse toda la vida a un ser humano, desvalorizando la concepción del matrimonio cayendo en la opción más fácil como es el divorcio, no siendo un signo de progreso de la civilización, sino un “signo de decadencia y de retroceso, porque es una prueba de desconfianza en la madurez de los hombres y de las mujeres para aceptar libremente y cumplir fielmente un pacto de amor recíproco y perpetuo”<sup>61</sup>. En palabras del Papa Juan Pablo II, “la plaga del divorcio representa una de las grandes derrotas de la humana civilización”<sup>62</sup>. Estamos viviendo en una sociedad en la que el divorcio se está convirtiendo en un fenómeno de masa, formando parte de la vida de muchísimas personas, constituyéndose en algo común, y ofuscando la visión del matrimonio indisoluble.

Muchos piensan que el divorcio es lícito. Esto no se debe a que se trate de un precepto de la ley natural difícil de conocer, sino a que las malas persuasiones, las costumbres inmorales y los hábitos corrompidos pueden llegar a oscurecer la inteligencia y embotar los corazones de los hombres para conocer esa guía divina. La indisolubilidad del matrimonio es firme baluarte de la castidad fiel de los cónyuges, favorece el bien común y evita muchas corrupciones: se fomenta el amor de los esposos, se aviva su preocupación por el hogar y la familia, se evitan discordias entre parientes y se quitan ocasiones de adulterio<sup>63</sup>.

Recordemos que la indisolubilidad matrimonial es una propiedad esencial que corresponde por naturaleza a todo verdadero matrimonio. Por eso la razón humana es capaz de descubrir que “el amor conyugal en la que entran todos los elementos de la persona – reclamo del cuerpo y del instinto, fuerza del sentimiento y de la afectividad, aspiración del espíritu y voluntad-; mira a una unidad profundamente personal que, más allá de la unión en una sola carne, conduce a no tener más que un corazón y un alma; exige la indisolubilidad y la fidelidad de la donación recíproca definitiva; y se abre a la fecundidad”<sup>64</sup>.

Veamos primero lo que es el divorcio: es y será siempre una ofensa grave a la ley natural. Con el divorcio se pretende romper el contrato, aceptado libremente por los esposos, de vivir juntos hasta la muerte, en otras palabras, se atenta contra la alianza matrimonial. “El divorcio adquiere también su carácter inmoral por el desorden que introduce en la célula familiar y en la sociedad. Este desorden entraña daños graves: para el

---

<sup>61</sup> HERVADA, J. & NAVARRO, R. & GARCÍA, G. & ORLANDIS J. & DE FUENMAYOR, A. & DE DIEGO – LORA, C & RODRÍGUEZ, P., *Divorcio*, EUNSA, Pamplona, 1977, p. 145

<sup>62</sup> FERNÁNDEZ, Aurelio, Op. Cit., p. 435

<sup>63</sup> SARMIENTO Augusto y Otros; Cuestiones fundamentales sobre Matrimonio y Familia, II simposio internacional de Teología de la Universidad de Navarra; EUNSA; Pamplona 1980. Pp. 795.

<sup>64</sup> JUAN PABLO II, Exhort. Apost. Familiaris Consortio, 22.XI.1981, n.13.

cónyuge, que se ve abandonado; para los hijos, traumatizados por la separación de los padres, y a menudo viviendo en tensión a causa de sus padres; por su efecto de contagio, que hace de él una verdadera plaga social”. (Catecismo de la Iglesia Católica, nn. 2384 y 2385).

Como vemos el divorcio, no sólo provoca la ruptura del matrimonio, sino también la desintegración de la familia, con daño irreparable para los hijos. Es un espectáculo penoso el de los hijos –niños o adolescentes- de una familia deshecha, que han de repartir su tiempo y su cariño entre un padre y una madre separados y, de ordinario, enemistados. Resulta inevitable que tomen partido a favor o en contra del uno o del otro. Estos hijos, que han perdido el hogar, será difícil que no queden marcados para toda la vida.

Infectado por la mentalidad divorcista, la gente en vez de tener paciencia y afrontar todo tipo de dificultades, opta por la vida fácil y poco persistente rompiendo por el menor de los problemas, creando inseguridad personal y familiar; así como también la desvalorización de la dignidad humana, entendida como un simple objeto de uso y deshecho. En todo caso, aunque no resulta fácil para todos, una argumentación racional, no cabe duda que optar por el matrimonio indisoluble es orientarse a lo que demanda su propia estructura. Además, por muy frecuentes y lamentables que se hayan vuelto los divorcios, no son criterio para juzgar ni cambiar la naturaleza. Por ejemplo, las injusticias sociales en el mundo son bastante habituales, lo cual no permite negar el carácter de la virtud de la justicia, ni la lesión de los derechos humanos autoriza para negarlos. Lo mismo ocurre con el divorcio, ya que un axioma irrenunciable es que “las realidades viciadas no permiten ir contra los principios”, sino que demandan que se corrijan los defectos y se tomen las medidas oportunas para que tales irregularidades se eviten en el futuro<sup>65</sup>. En síntesis, no se debe facilitar el divorcio sino luchar por la indisolubilidad propia del matrimonio.

Con el divorcio “los matrimonios no se rompen, los que se rompen son las personas” (P.J. Viladrich). La fusión de cuerpo y alma que se da en el matrimonio no se puede desunir. En el matrimonio ambos cónyuges sigue siendo, como es evidente, dos; esto es, personas humanas completas y distintas; sin embrago, el vínculo que los unen enlaza sus seres. La ordenación mutua a la unidad, que existe por naturaleza entre virilidad y feminidad, conlleva que, por el vínculo matrimonial, entre varón y mujer se dé una participación y comunicación mutuas (coposeros mutuos), en cuya virtud cada uno es “carne de la carne del otro” y “hueso de sus huesos”, esto es, que cada esposo se prolonga en el otro. Cada uno es ya, por el matrimonio, como una prolongación del otro, como una parte del otro.

Veamos el vínculo jurídico que se da en el matrimonio y es afectado por el divorcio. Comencemos por decir, que el matrimonio no es un devenir (Hervada), sino una unidad establecida: sólo por un vínculo jurídico puede producirse la integración de varón y mujer, mediante la comunicación y participación con el otro. Siendo el hombre un ser libre y personal (dueño de sí), sólo por el consentimiento libre puede producirse una unión tan íntima; únicamente la libre donación de sí puede hacer que cada cónyuge sea coposero del otro.

---

<sup>65</sup> Cfr. FERNÁNDEZ, Aurelio, Op. Cit., p. 432

El matrimonio presupone como causa suya el compromiso o pacto conyugal y que éste es expresión de la fuerza creadora de la libertad. No es el matrimonio un vínculo esclavizador, sino el efecto de la libertad responsable. El vínculo matrimonial se caracteriza por estas dos notas: Primera, unir a los dos cónyuges, lo que supone la mutua y común participación en lo que atañe a la estructura natural como varón y mujer y a su desenvolvimiento. Participación significa la radical comunicación de las dos personas en cuya virtud quedan integradas las diferencias sexuales en una mutua relación, de modo que varón y mujer se comunican. La segunda nota es la existencia de una solidaridad, esto es, que los intereses y finalidades de cada cónyuge –así como la obtención de los fines que por ley natural tiene la unión- en lo que respecta al desenvolvimiento de la estructura natural son, a la vez, intereses y finalidades del otro cónyuge.

El vínculo jurídico, al unir a los cónyuges. Une –y con ello produce la más fuerte unión que pueda existir entre dos seres humanos- las potencias naturales relacionadas con la distinción sexual. Unen cuerpos y almas, pero une las voluntades, y une las potencias naturales corpóreas sexuadas. Une, en fin, lo que es capaz de ser unido por un vínculo jurídico. El vínculo jurídico no hace otra cosa que unir lo que por naturaleza está ordenado a unirse. Si el vínculo jurídico produce tal efecto, es porque ese efecto está contenido en la mutua ordenación entre varón y mujer”<sup>66</sup>.

El vínculo jurídico no lo es todo en el matrimonio. Éste es algo más sublime que un simple contrato entre dos personas; está por encima de un compendio de derechos y deberes. El matrimonio es una alianza por la que, entre otras cosas, un hombre y una mujer se comprometen a darse el uno al otro con olvido de sí mismo. Un hombre y una mujer que encuentran la felicidad propia procurando la felicidad del otro. <sup>67</sup> El matrimonio así pues constituye el núcleo de la sociedad no solo es una unión entre dos personas si no entre dos seres que se hacen uno. Se debe recordar que el amor conyugal es un amor verdadero y en consecuencia, algo definitivo e incondicional.

Al presente advertimos, que en virtud de la propiedad esencial de la indisolubilidad, los contrayentes adquieren un compromiso por toda la vida, de modo que ninguna autoridad puede disolver su matrimonio: el matrimonio no puede ser disuelto por ningún poder humano, ni por ninguna causa, fuera de la muerte. La propiedad esencial de la indisolubilidad no es una exigencia sólo para los creyentes, fruto de su fe. Se trata de una propiedad esencial que corresponde por naturaleza a todo verdadero matrimonio. Por eso la razón humana, incluso sin la luz de la fe, es capaz de descubrir que “el amor conyugal comporta una totalidad en la que entran todos los elementos de la persona –reclamo del cuerpo y del instinto, fuerza del sentimiento y de la afectividad, aspiración del espíritu y la voluntad-; mira a una unidad profundamente personal que, más allá de la unión en una sola carne, conduce a no tener más que un corazón y un alma; exige la indisolubilidad y la fidelidad de la donación recíproca definitiva; y se abre a la fecundidad. En una palabra: se trata de características normales de todo amor natural conyugal” (Exhortación apostólica Familiaris Consortio, 22.XI.1981, n.13).

---

<sup>66</sup> J. Hervada y otros; Divorcio, EUNSA<sup>2</sup> Pamplona, España 1977 p. 25.

<sup>67</sup> Extraído el día 28/10/2008: [www.arvo.net.com](http://www.arvo.net.com)

El bien de los hijos, es lo primordial para un matrimonio, y por lo tanto, rechaza toda mentalidad divorcista. Si a los hijos se les trae al mundo, se debe tener un respeto por ellos, y brindarles lo que se merecen, amor, una buena educación, en la cual cada cónyuge tiene ante el otro el deber de participar en la educación de los hijos existentes en el matrimonio, los cuales deben educar en conjunto a los hijos, basándose en una educación en valores, de respeto, así pues el ambiente donde los hijos son educados debe ser el más adecuado para ellos, un ambiente sólido lleno de respeto y amor, donde no exista para ellos un maltrato que perjudique su desarrollo tanto psicológico como físico.

La realidad es que el divorcio se ha ido practicando cada vez con mayor frecuencia en las familias. Sin embargo, no hay que rendirse ante esa mentalidad: cuando un matrimonio atraviesa dificultades, debemos recordar con claridad y fortaleza que el amor conyugal es el camino para resolver positivamente la crisis (Cfr. Juan Pablo II, Discurso a Rota Romana, 28.I.2002, n.5)<sup>68</sup>. La mayoría llega al matrimonio, con una expectativa de encontrar algo mejor, de ser felices, pero es al pasar del tiempo, que ese entusiasmo y alegría se vienen abajo y lamentablemente vienen los desacuerdos, pleitos, y finalmente el divorcio; sin tener en cuenta lo que en sí quiere decir el divorcio. Encontramos muchas causas que se aducen para divorciarse: Lo más usual en estos días es la infidelidad, la cual daña demasiado al matrimonio al punto de dejarlo sin efecto, también como causa encontramos la no procreación de los hijos muchos matrimonios no pueden tener hijos y al no poder tenerlos empieza una frustración y un deseo obsesivo por tenerlos al punto de dañar a su pareja, también tenemos la falta de comunicación entre los esposos, que causa un vacío entre los dos lo aleja de ellos mismos, creando problemas que si no se tratan a tiempo son causa de muchos divorcios. El maltrato a la pareja también es causa de divorcio, tanto psicológico como moralmente.

Hay que combatir el divorcio porque es contrario al orden natural y al bien de la familia; hay que combatirlo, al mismo tiempo, porque constituye, se debe intentar atraer a todos los que sean capaces de comprender esta verdad. Pero no hagamos ilusiones; el número de almas suficientemente libres de prejuicios para unirse a nosotros en ese punto siempre será limitado. En la práctica, el mantenimiento en la indisolubilidad del matrimonio dependerá sobre todo de la fuerza de irradiación de la Iglesia Católica.<sup>69</sup>

Así, tengamos muchas razones para divorciarse, o mejor dicho, con propiedad, separarse, el matrimonio es indisoluble por naturaleza. Hay que rechazar el divorcio porque atenta y es contrario al matrimonio, es decir, afecta al orden natural, a la indisolubilidad del matrimonio, la estabilidad de la familia, al bien de los esposos y de los hijos, y por ende, a las propiedades y fines del matrimonio. Cuando el matrimonio esté roto, o cuando los esposos estén rotos por las dificultades del matrimonio, se tienden, como consecuencia última, a la separación; no sin antes, buscar los medios para mantenerse unidos por el bien de los hijos y de ellos mismos.

---

<sup>68</sup> Prieto Vicente; Matrimonio y divorcio, algunas cuestiones jurídicas y morales; cuadernos del Instituto Martín de Azpilcueta, Navarra Gráfica Ediciones, 2005, pp. 35-44.

<sup>69</sup> Cfr. LECLERD, Jaques. La familia según el Derecho Natural. Barcelona: Biblioteca Herder. 1965. Pp.100-103.



Sabemos que el verdadero matrimonio afecta a la persona en su naturaleza, en su complemento: no simplemente está casada, sino que es casada, y como tal, debe vivir todas las circunstancias de su vida (en la riqueza y en la pobreza, en la salud y en la enfermedad...), sabiendo afrontarlas del mejor modo posible<sup>70</sup>. Las parejas que se casan buscando estabilidad matrimonial, lucharán para mantenerse unidos. Esta conciencia se está perdiendo con la mentalidad divorcista.

Son consideraciones del bien común las que exigen optar por la absoluta indisolubilidad del matrimonio, sin permitir que –con pretextos sentimentales, con excepciones al parecer de poca trascendencia- se abra una brecha en la estabilidad matrimonial, pues, inexorablemente, conduciría a la ruina de la institución. El divorcio afecta al bien común, es decir, a la estabilidad del matrimonio y de la familia, que es el elemento constitutivo de la convivencia social y factor decisivo del bien público<sup>71</sup>. Paulatinamente el divorcio atenta contra el matrimonio, la familia y la sociedad. No es un simple atentado, sino, el rompimiento del hombre, de la familia y de la sociedad. El matrimonio no es una cuestión de sólo de conciencia, que afecta sólo al creyente, sino de la sociedad civil, que es afecta con el divorcio (rompimiento del matrimonio y de la familia).

Sabemos que la ley natural que rige el matrimonio no queda al arbitrio de ningún hombre, ni al mutuo acuerdo de los cónyuges. El hombre no tiene poder para determinar si una cosa es buena o mala, porque no le da el ser, la persona determina su actuación, decidiendo por lo bueno o por lo malo.

Todo derecho positivo –cualquiera que sea el legislador- ha de ser valorado a la luz de su contenido ético, y consiguientemente la legitimidad de sus mandatos y la obligación de cumplirlos. La ley humana no puede declarar honesto lo que es contrario al derecho natural, pues tal oposición basta para que una ley no sea ya ley. La ley humana siempre debe estar conforme a la ley natural.

Recordemos que la familia es una institución que hoy en día está sometida a muchos influjos negativos, y de hecho parece asistirse a un progresivo deterioro de ésta célula básica de la sociedad.

Si se permite el divorcio en una sociedad civil, estaría atentando contra sí misma, contra la desintegración de la familia. El divorcio es contrario a la ley natural, destruye al hombre, al matrimonio, a la familia y a la sociedad. Una sociedad en la que se hayan generalizado comportamientos contrarios a la ley natural no es humana, porque no defiende el bien común, y la familia, el matrimonio y la persona son los bienes más preciosos de la humanidad: donde haya una sociedad que promueva el divorcio, no es digna del hombre y es un obstáculo para su felicidad.

---

<sup>70</sup> Ibídem, pp. 51.

<sup>71</sup> J. Hervada y otros; Divorcio, EUNSA<sup>2</sup> Pamplona, España 1977 pp. 179-180

Debemos de defender la dignidad humana, el matrimonio, la familia, la sociedad, etc., desde todo lo frente. Necesitamos rechazar el divorcio y otras amenazas contra la naturaleza del hombre.

Resumiendo toda esta parte, decimos que tanto la poligamia, el adulterio y el divorcio se presentan:

Como una imposibilidad para que la persona consiga su perfeccionamiento viviendo en matrimonio, porque, imposibilita la entrega total, exclusiva, perpetua, fiel de los cónyuges.

Como un grave atentado no sólo contra la dignidad de los cónyuges y su amor que nace de esa unión, sino también, contra la formación de los hijos, porque, atenta contra los fines del matrimonio.

Como un grave atentado que afecta al orden natural y al bien de la familia, porque, atenta contra las propiedades del matrimonio.

## CONCLUSIÓN

Como fruto de este trabajo podemos anotar las siguientes conclusiones:

1. El matrimonio es una institución natural: con ello quiero decir que nace de la naturaleza humana y que su esencia, sus propiedades y sus fines, así como el conjunto de derechos y deberes que comporta, son de ley y de derecho natural. Además, el matrimonio preexiste a cualquier legalidad y es anterior a cualquier legalización. Ni la legalidad ni la legalización crea o constituyen el matrimonio, su función solo consiste en regular, dar publicidad y otorgar seguridad jurídica a lo que ya existe antes que ellas por naturaleza, es decir el matrimonio.
2. Todo matrimonio verdadero tiene como propiedades, que corresponde a su misma naturaleza, la unidad y la indisolubilidad. Éstas mismas garantizan el amor conyugal, el bien y la dignidad de los esposos y de los hijos. La misma naturaleza de ser hombre y ser mujer reclama la unidad y la indisolubilidad del matrimonio que encuentran en su raíz, tres elementos: El primero, es la unidad substancial entre nuestra alma y nuestro cuerpo. El segundo, es nuestra capacidad y necesidad de totalidad del don de nosotros mismos y de la aceptación del otro. Y finalmente el tercero, es la correspondencia complementaria. En sí, el matrimonio reclama por naturaleza una relación heterosexual, complementaria, fiel, total, exclusiva, justa, etc. Lo que implica que se dé en todo matrimonio la propiedad de la unidad.

La unidad y la indisolubilidad son propiedades diferentes que se exigen mutuamente y que son esenciales de todo matrimonio. Una cosa es la entrega recíproca que sea exclusiva. Y otra, que dure para toda la vida. Pero reclaman e implica mutuamente en el fondo, dos aspectos o dimensiones de la misma realidad, que es el matrimonio. La indisolubilidad hace referencia a la permanencia de la unidad en el tiempo. Es la unidad del matrimonio que, una vez contraído, no se puede disolver, es para siempre.

3. El amor conyugal que se da en el matrimonio ha de ser fiel, exclusivo, unido, total, indisoluble, fecundo, ordenado al bien de los hijos y de los esposos. En otras palabras, el verdadero amor conyugal reclama las propiedades de la unidad y de la indisolubilidad dentro del matrimonio para que se den verdaderamente esas condiciones. El amor conyugal no se da por una simple unión, todo lo contrario, se da por un compromiso de exclusividad y fidelidad que hace de la entrega corporal de los esposos, una entrega total y permanente.

La indisolubilidad es la que fija y regulariza más dignamente las relaciones de los individuos entre sí. Dado que “facilita y fortifica la unión y armonía de las familias, da un bello y útil carácter de permanente estabilidad a los derechos y obligaciones de los consortes, favorece la mejor educación de los hijos en todos

conceptos, y coadyuva y robustece la práctica de todas las virtudes domésticas, cívicas y religiosas”. Un matrimonio que tenga en cuenta la indisolubilidad es garantía del bien y dignidad de los esposos. No se puede buscar el bien de los esposos, si no se busca que esa unión matrimonial sea para siempre. Es muy distinto vivir en pareja pensando que si no resulta las cosas me separo, que, esmerándose cada día para que esa unión perdure en el tiempo. El amor total, exclusivo, indisoluble y fiel garantiza el bien de los esposos.

4. La poligamia será siempre un impedimento para el cumplimiento de los fines, primario y secundario del matrimonio. La aparición de un tercero significa la no “donación total, y sin ella, no se da matrimonio, pues la entrega mutua y total exige exclusividad”, y además la correcta educación a los hijos. Se presenta como una imposibilidad para que la persona consiga su perfeccionamiento, pues no consiste en un actuar libre, parece demás decir que libertad es aquella que es acorde con la naturaleza de la persona, aquella libertad que es acorde al bien y a la verdad. Es evidente pues, que la poligamia constituye un grave atentado no solo contra la dignidad de los cónyuges y su amor sino que repercutirá en la formación de los hijos, afectando el ámbito familiar y como consecuencia de ello, el ámbito social. En la poligamia no podemos hablar de un amor de donación, que sea único e indisoluble, total, fiel, perpetuo y exclusivo.
5. El adulterio contradice a la dignidad del cuerpo y estaría lastimando a la persona afectada; contradice también al amor único y exclusivo de los esposos. Además, de ser incompatible con la fidelidad reclamada por el amor conyugal, lo que conllevaría a la ruptura misma de ese amor y a la desconfianza que se tenía. El adulterio no admite ninguna excepción, ni siquiera en el caso de que se cometiera con el consentimiento del propio cónyuge, ya que los derechos-deberes conyugales, enraizados en la entrega y aceptación de la persona por el consentimiento matrimonial, no dependen de la decisión humana. Por último, el adulterio destruye el hogar, y si hay hijos serán las víctimas en la relación.

El adulterio es un atentado gravísimo contra la castidad, la fidelidad, la justicia y la caridad, y un impío atentado contra la naturaleza y finalidad del matrimonio, y lesiona la dignidad y derechos del cónyuge. Y es mucho más grave cuando ambos adúlteros son casados, o cuando el adulterio causa la ruina y desorganización completa de algún matrimonio, perjudicando acaso gravemente también a los hijos. La persona soltera que peca con casada es también culpable de adulterio.

6. El divorcio se ha ido practicando cada vez con mayor frecuencia en todas las familias. Sin embargo, no hay que rendirse ante esa mentalidad: cuando un matrimonio atraviesa dificultades, debemos recordar con claridad y fortaleza que el amor conyugal es el camino para resolver positivamente la crisis (Cfr. Juan Pablo II, Discurso a Rota Romana, 28.I.2002, n.5). La mayoría llega al matrimonio, con una expectativa de encontrar algo mejor, de ser felices, pero es al pasar del tiempo, que ese entusiasmo y alegría se vienen abajo y lamentablemente vienen los desacuerdos, pleitos, y finalmente el divorcio; sin

tener en cuenta lo que en sí quiere decir el divorcio. Encontramos muchas causas que se aducen para divorciarse: Lo más usual en estos días es la infidelidad, la cual daña demasiado al matrimonio al punto de dejarlo sin efecto, también como causa encontramos la no procreación de los hijos muchos matrimonios no pueden tener hijos y al no poder tenerlos empieza una frustración y un deseo obsesivo por tenerlos al punto de dañar a su pareja, también tenemos la falta de comunicación entre los esposos, que causa un vacío entre los dos lo aleja de ellos mismos, creando problemas que si no se tratan a tiempo son causa de muchos divorcios. El maltrato a la pareja también es causa de divorcio, tanto psicológico como moralmente. Así, tengamos muchas razones para divorciarse, o mejor dicho con propiedad separarse, el matrimonio es indisoluble. Hay que rechazar el divorcio porque atenta y es contrario al matrimonio, es decir, afecta al orden natural y al bien de la familia, y por ende, a las propiedades y fines del matrimonio.

Englobando todo lo manifestado: la poligamia, el adulterio y el divorcio son verdaderos atentados contra todo matrimonio y sus propiedades que son la unidad e indisolubilidad, porque se presentan como una imposibilidad para que la persona consiga su perfeccionamiento, tanto personal como matrimonial. Éstos son un grave atentado contra el amor conyugal, la dignidad y el bien de los esposos, y la formación y el bien de los hijos.

En el presente trabajo, desde la antropología, se ha querido valorar las propiedades esenciales del matrimonio, defender a la familia y al matrimonio como instituciones naturales y no culturales, y valorar la dignidad del hombre y la mujer cuando vive en conyugalidad.

Termino diciendo que el presente no es un trabajo agotado, sino, que queda abierto a futuras investigaciones sobre cada uno de los componentes antropológicos del matrimonio, que al ser negados o ignorados se atentan contra la unión conyugal verdadera.

## BIBIOGRAFÍA

- ABAD IBÁÑEZ, José Antonio y GARRIDO BONAÑO, Manuel; Iniciación a la Liturgia de la Iglesia; Ediciones Palabra; Madrid; 3ª edición; diciembre 1997; pp. 567-572.
- ALIAGA GIRBÉS, Emilio. Compendio de teología del matrimonio. 2 ediciones. Valencia: EDICEP. 1994. Pp. 246.
- AUER, J; Ratzinger. J. Los sacramentos de la iglesia. Ed. Hender. Barcelona. 1977
- BAÑARES, Juan Ignacio y BOSCH Jordi; Consentimiento Matrimonial e Inmadurez Afectiva; Navarra Gráfica Ediciones; Pamplona 2005.
- BERNÁNDEZ CANTÓN, Alberto; “Compendio de Derecho Matrimonial Canónico”, TECNOS; Ed. 9; Madrid 2002.
- BERNARDEZ CANTON, Alberto; Curso de Derecho Matrimonial Canónico; Editorial TECNOS; Madrid 1974.
- BIANCHI, Paolo; “¿Cuándo es nulo el matrimonio?”; EUNSA; Pamplona 2005.
- CABODEVILLA JOSE MARIA. Hombre y Mujer. Ediciones Biblioteca De Autores Cristianos. Segunda Edición. Madrid. 1962.
- CAFFAREL Henri; Matrimonio, nuevas perspectivas; Biblioteca de cultura católica;
- CAFFARRA, Carlo; Ética General de la Sexualidad; Ediciones Internacionales Universitarias; Barcelona 1995.
- CAFFARRA, Carlo; Sexualidad a la luz de la antropología y de la Biblia; Documentos del Instituto de Ciencias para la Familia 2; RIALP; Madrid 1990.
- CARRERAS, Joan; Las Bodas: Sexo, Fiesta y Derecho; Documentos del Instituto de Ciencias para la Familia 15; Madrid 1994.
- CASTILLA, Blanca; La Complementariedad Varón-Mujer, Nuevas Hipótesis; Documentos del Instituto de Ciencias para la Familia 13; RIALP; Madrid 1993.
- Catecismo de la Doctrina Social. Homenaje a Juan Pa Prieto Celi, Federico; Cipriani Thorne, Juan Luis. Perú: Navarrete, s.a. 1985.
- Catecismo de la Iglesia Católica, nº 1644
- Catecismo Romano. P. II, cap. 8, n. 3
- CONFERENCIA EPISCOPAL PERUANA, Compendio de la Doctrina Social de la Iglesia, EPICONSA, Lima, 2005.
- CONSEJO PONTIFICIO PARA LA FAMILIA; Enchiridion de la Familia, Documentos Magistrales y Pastorales sobre la Familia y la Vida; Palabra; Madrid 2001.
- CONSEJO PONTIFICIO PARA LA FAMILIA; Sexualidad humana: Verdad y significado, Orientaciones educativas en Familia; Documentos mc; Ediciones Palabra; Madrid 1996.
- CRUZ CRUZ Juan; Ontología de Tomás de Aquino; Cuadernos de Anuario Filosófico 31; Pamplona 1996.
- D’AGOSTINO, Francesco; Elementos para una Filosofía de la Familia; Institutos de Ciencias para la Familia; Ediciones RIALP; Madrid 1991.
- ECHEVARRIA, Javier; García Hoz, Víctor; Hervada, Javier. Divorcio. Ediciones Universidad de Navarra. Pamplona. 1977

ESCRIVÁ, Javier, El matrimonio como “unión de ser” y despliegue existencial de la unión, Instituto Universitario para la Familia – Universidad de Navarra, Madrid, 2005 - 06.

SGRECCIA, Elio. Manual de Bioética I: Fundamentos y ética biomédica. BAC. Madrid 2009.

FERNANDEZ Aurelio. Teología moral II. Moral de la persona y de la familia. 3ª edición. Burgos. GESEDI. 2001.

FERNANDEZ, Aurelio. El mensaje moral de Jesús de Nazaret. 1ª edición. Madrid. Pelicano. 1998

FERNÁNDEZ, Aurelio; Compendio de Teología Moral; Ediciones Palabra; Madrid; 3ª edición; junio de 2002; pp. 312,5; 313-316; 317-321; 329-344; 345-358; 359-374.

FLÓREZ, Gonzalo; Matrimonio y Familia; Sapientia Fidei, Serie de Manuales de Teología; BAC; Madrid 1995; pp. 189-209.

GARCÍA CANTERO, Gabriel; El divorcio; BAC; Madrid 1978.

García, J. Antropología filosófica. Una introducción a la filosofía. 2da Ed. Eunsal. Pamplona. 2003

GIBLET J. y otros; En las Fuentes de la Moral Conyugal; Colección “Amor y Vida”, DESCLÉE DE BROUWER; Bilbao 1969.

Gran Enciclopedia Rialp (Ger). Tomo XV. Ed. Rialp. Madrid .1993

HARING, Bernhard; El matrimonio en nuestro tiempo; Herder; Barcelona 1968.

HERVADA J. Y Otros; Divorcio; EUNSA; Pamplona 1977.

HERVADA, J. Introducción crítica al derecho natural. Udep. Piura. 1999

HERVADA, J. Libertad, naturaleza y compromiso en el matrimonio. 3ra ed. Ed Rialp. Madrid. 2002

HERVADA, Javier y LOMBARDIA Pedro; El Derecho del Pueblo de Dios, Hacia un sistema de Derecho Canónico, III Derecho Matrimonial (1); EUNSA; Pamplona 1993.

HERVADA, Javier, Cuatro Lecciones de Derecho Natural, Pamplona, EUNSA, 1998, p. 133

HERVADA, Javier. Diálogos sobre el amor y el matrimonio. 3era ed. Ed. Universidad de Navarra. Pamplona. 1987

HERVADA, Javier. Una carol, ensayos sobre el matrimonio. Primera edición. España. Eunsal. 2000.

HERVADA, Javier; Libertad, naturaleza y compromiso en el matrimonio; Documentos del Instituto de Ciencias para la Familia 5; Ediciones RIALP; Madrid 1992.

INSTITUTO MARTIN DE AZPILCUETA; “Código de Derecho Canónico”; EUNSA; Ed. 5; Pamplona 1992.

INSTITUTO MARTIN DE AZPILCUETA; “Manual de Derecho Canónico”; EUNSA; Ed. 2; Pamplona 1991. (Cc. 1055-1165).

ORLANDIS, José, LA VIDA CRISTIANA EN EL SIGLO XXI, Rialp, Madrid, 2001

JUAN PABLO II; Hombre y mujer los creó, el amor humano en el plano divino; Ediciones cristiandad; Madrid 2000.

LECLERD, Jaques. La familia según el Derecho Natural. Barcelona: Biblioteca Herder. 1965.

LÉONARD André-Mutien; La Moral Sexual explicada a los jóvenes; libros mc; Ediciones Palabra; Madrid 1994.

LOBO MENDEZ, Gonzalo. Persona familia sociedad. Segunda edición. ESPAÑA. GRAFICAS TIBORRA.

LÓPEZ QUINTAS, Alfonso; El amor humano, su sentido y su alcance; Edibesa, Madrid 1991.

LÓPEZ QUINTAS, Alfonso; El Secreto de una vida lograda, curso de Pedagogía del Amor y la Familia; Palabra; Madrid 2003.

LÓPEZ QUINTÁS, Alfonso; Manipulación del hombre en la defensa del divorcio; Acción familiar; Madrid 1980.

LÓPEZ TEJADA, Darío; La Civilización del Amor (Amor – Castidad – Virgindad); Asociación Educativa Signum Christi; Ávila 1986.

MARTÍN LOPEZ, Enrique. Textos de sociología de la familia. ESPAÑA. EDICIONES RIALP S.A. 1993

MEDELLÍN A., Carlos; MEDELLÍN F. Carlos; MEDELLÍN B. Carlos. Lecciones del Derecho Romano. 14a. Edición. Bogotá. Editorial TEMIS S.A. 2000. 324p.

MELENDO GRANADOS, Tomás; Ocho Lecciones sobre el Amor Humano; Instituto de Ciencias para la Familia; Ediciones RIALP; Madrid 1993.

MELENDO, T; MILLÁN-PUELLES, L. Asegurar el amor. Antes y durante el matrimonio. España. 2007

MIRALLES, Antonio, El Matrimonio: Teología y Vida, Palabra, Madrid, 1999.

NORIEGA, José; El Destino del Eros, Perspectivas de Moral Sexual; Ediciones Palabra, Madrid 2005.

LUDWIG, Ott. Manual de teología dogmática. Barcelona: Herder. 1968. Pp. 750. (046350)

PABLO VI, Carta Encíclica Humanae vital a los venerables hermanos los patriarcas, arzobispos, obispos y demás ordinarios de lugar en paz y comunión

PÍO XI, Carta Encíclica Casti connubii, del Papa Pío XI sobre el matrimonio, nº5

POLO, L. Ayudar a crecer. Cuestiones de filosofía de la educación. Ed. Eunsal. Pamplona. 2006

PRIETO Vicente; Matrimonio y divorcio, algunas cuestiones jurídicas y morales; Cuadernos del Instituto Martín de Azpilcueta; Navarra gráfica ediciones; Pamplona 2005.

REAL ACADEMIA DE LA LENGUA ESPAÑOLA. Diccionario Enciclopédico Océano Uno. Barcelona. Océano

RICART TORRENS, José. Catecismo social: Prólogo del Rdo. P. José Alba Cereceda. Barcelona: Revista Ave María. 1979. Pp. 329.

RODRIGUEZ LUÑO, Ángel. Ética. España. Eunsal. 1982.

ROYO MARÍN Antonio; Teología Moral para seglares II, Los sacramentos; BAC; Madrid 1984.

SALDÓN VALIENTE Eutiquiano; El Matrimonio Misterio y Signo, del siglo I a san Agustín; EUNSA, Pamplona 1971.

SAN MARTÍN, Nieves, La Conferencia Episcopal Peruana lamenta la Institución del Divorcio Rápido. ZENIT [en línea]. 2008. [fecha de acceso el 20 de septiembre de 2008]. URL disponible en <http://www.zenit.org/article-27359?l=spanish>

SANCHO, Rodrigo; “Las posibilidades del amor conyugal”; EUNSA; Pamplona 1976.

SARMIENTO Augusto y Otros; Cuestiones fundamentales sobre Matrimonio y Familia, II simposio internacional de Teología de la Universidad de Navarra; EUNSA; Pamplona 1980.



- SARMIENTO, Augusto; El Matrimonio Cristiano; EUNSA; Pamplona; 2ª edición; marzo 2001; pp. 271-289; 291-315; 317-330; 331-340; 341-350. Ver desde la primera parte
- SARMIENTO, Augusto; El secreto del amor en el matrimonio; Ediciones cristiandad; Madrid2 2003.
- SAYÉS José Antonio; Moral de la Sexualidad; Asociación Educativa Signum Christi; Ávila3 1991.
- SPAEMAN, R. Límites acerca de la dimensión ética del actuar. Sobre el concepto de dignidad humana. Ed Euns. Madrid. 2003
- TEJERO Eloy; El Matrimonio Misterio y Signo, siglos XIV al XV; EUNSA, Pamplona 1971.
- TORRES VÁSQUEZ, Aníbal. (2007). Código Civil. 1º edición. Editorial IDEMSA. Lima. 425p.
- VILADRICH, J. El modelo antropológico del matrimonio. Ed Rialp. Madrid. 2001
- VILADRICH, J. El pacto conyugal. 4ta ed. Ed. Rialp Madrid. 2002
- VILADRICH, Juan P. La institución del matrimonio en tres poderes. Madrid. EDICIONES RIALP. 2005.
- VILADRICH, Pedro-Juan; El amor y el matrimonio (crisis y búsqueda de la identidad); editorial prensa española y editorial magisterio español; Madrid 1977.
- VILADRICH, Pedro-Juan; El Ser Conyugal; Ediciones RIALP; Documentos del Instituto de Ciencias para la Familia 33; Madrid 2001.
- VON HILDEBRAND, Dietrich; La Esencia del Amor; EUNSA; Pamplona 1998.
- YEPES STORK Ricardo y ARANGUREN ECHEVARRÍA Javier; Fundamentos de Antropología, Un ideal de la excelencia humana; EUNSA; Pamplona6 2003.
- Tercer Curso Internacional de Actualización Teológica. Matrimonio y Familia en la actual encrucijada. Prelatura de Yauyos, Cañete y Huarochirí. Lunahuaná, 16-20 de julio de 2001.

## INDICES

INTRODUCCIÓN GENERAL.....	1
PRIMERA PARTE: Fundamentación Antropológica sobre la unidad y la indisolubilidad del matrimonio	
1.- El matrimonio natural como una institución de exigencia antropológica 4 .....	1
2.- La unidad e indisolubilidad como propiedades del matrimonio 6.....	4
3.- La unidad e indisolubilidad, exigencias antropológicas 12 .....	1
El amor conyugal 12 .....	5
El bien y dignidad personal de los esposos. 15 .....	5
El bien y dignidad personal de los hijos. 16 .....	5
SEGUNDA PARTE: Atentados directo contra las propiedades esenciales del matrimonio	
1.- La poligamia como atentado directo contra las propiedades esenciales del matrimonio 19 .....	1
2.- El adulterio como atentado directo contra las propiedades esenciales del matrimonio 23.....	4
3.- El divorcio como atentado directo contra las propiedades esenciales del matrimonio 25 .....	1
Conclusiones. 29 .....	4
BIBLIOGRAFÍA 30 .....	4